Grisana

LOS HOMBRES de la historia

La Historia Universal a través de sus protagonistas

122

Lorenzo el Magnífico

Centro Editor de América Latina

Sergio Romagnoli

(6)



LOS HOMBRES de la historia

122

Cuando nació Lorenzo, el 1º de enero de 1449, todavía vivía su abuelo Cosme de Médici, llamado Cosme el viejo. Y aunque el sexagenario mercader y banquero fuese, en cuanto a títulos oficiales, un ciudadano privado, la ciudad de Florencia estaba prácticamente en sus manos, desde el año 1434.

Un hombre de refinada cultura como Lorenzo, educado e instruido dentro de una civilización humanista elaborada por valiosos eruditos y destinado, no a cultivar las letras y la especulación filosófica, pero sí a regir la suerte de una familia que se había identificado con el Estado, es fácil que no persiguiese una singular e individual expresión artística. El "dilettantismo", el eclectismo o la incoherencia, como se lo quiera llamar, de su obra literaria, serían, más que el producto de su temperamento, el resultado de su manera genial de secundar las tendencias compuestas por una cultura que estaba presente en la ciudad de una civilización literaria protegida y promovida por él, pero no determinada. El suyo fue el único modo con el cual un príncipe mecenas, que no agota su atención hacia las bellas artes en la protección de los artistas y de los eruditos, pudiese insertarse felizmente en aquel mundo como protagonista, como en verdad lo fue Lorenzo. En la corte medicea se realizó del modo más armonioso la fusión de la tradición regional - religiosa por una parte e inclinada por otra a los goces de la vida - con los nuevos ideales humanistas de la belleza clásica.

Muerto en 1492, después de haber asegurado para Florencia y para la península un período de paz y estabilidad política, Lorenzo encarnó el tipo de príncipe culto y caprichoso, no sólo preocupado de gobernar, sino también de adornar su propia vida con los deleites de las cosas bellas y con los goces del espíritu. Esta serenidad, unas veces despreocupada y otras pensativa, se refleja en su obra literaria, estéticamente desigual, pero significativa como documento de tendencias vivas, aunque sean antitéticas.

1. Freud
2. Churchill
3. Leonardo de Vinci
4. Napoleón
5. Einstein
6. Lenin
7. Carlomagno
8. Lincoln
9. Gandhi
10. Van Gogh
11. Hitler
12. Homero
13. Darwin
14. García Lorca
15. Courbet
16. Mahoma
17. Beethoven
18. Stalin
19. Buda
20. Dostoievski
21. León XIII
22. Nietzsche
23. Picasso
24. Ford
25. Francisco de Asis
26. Ramsés II
27. Wagner
28. Roosevelt
29. Goya
30. Marco Polo
31. Tolstoi
32. Pasteur
33. Mussolini
34. Abelardo
35. Pío XII
36. Bismarck
37. Galileo
38. Franklin
39. Solón
40. Eisenstein
41. Colón
42. Tomás de Aquino
43. Dante
44. Moisés
45. Confucio
46. Robespierre
47. Túpac Amaru
48. Carlos V
49. Hegel
50. Calvino
51. Talleyrand
52. Sócrates
53. Bach
54. Iván el Terrible
55. Delacroix
56. Metternich
57. Disraeli
58. Cervantes
59. Baudelaire
60. Ignacio de Loyola
61. Alejandro Magno
62. Newton
63. Voltaire
64. Felipe II
65. Shakespeare
66. Maquiavelo
67. Luis XIV
68. Pericles
69. Balzac
70. Bolívar
71. Cook
72. Richelieu
73. Rembrandt
74. Pedro el Grande
75. Descartes
76. Eurípides
77. Arquímedes
78. Augusto
79. Los Gracos
80. Atila
81. Constantino
82. Ciro
83. Jesús
84. Engels
85. Hemingway
86. Le Corbusier
87. Eliot
88. Marco Aurelio
89. Virgilio
90. San Martín
91. Artigas
92. Marx
93. Hidalgo
94. Chaplin
95. Saint-Simon
96. Goethe
97. Poe
98. Michelet
99. Garibaldi
100. Rothschild
101. Cavour
102. Laplace
103. Jackson
104. Pavlov
105. Rousseau
106. Juárez
107. Miguel Angel
108. Washington
109. Salomón
110. Gengis Khan
111. Giotto
112. Lutero
113. Akhenaton
114. Erasmo
115. Rabelais
116. Zoroastro
117. Guillermo el Conquistador
118. Lao-Tse
119. Petrarca
120. Boccaccio
121. Pitágoras

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán.
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Mirella Brini, Ido Martelli, Andreina Rossi Monti, Paolo Zucconi, Lisa Baruffi.

122 - Lorenzo el Magnífico - Del Humanismo a la Contrarreforma

Este es el sexto fascículo del tomo Del Humanismo a la Contrarreforma (Vol. 2)
La lámina de la tapa pertenece al tomo Del Humanismo a la Contrarreforma (Vol. 2) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 122:
Arborio Mella: p. 143 (1).

Biblioteca Medicea Laurenciana; Florencia: p. 144 (1); p. 152 (1,2,3); p. 160 (1,2).

Alinari: p. 144 (2); p. 147 (1); p. 149 (2); p. 150 (3); p. 153 (4,5); p. 156 (1,2,3); p. 160 (3); p. 162 (1); p. 164 (1,2,3); p. 166 (1); p. 168 (1,2).

Scala: p. 146 (5,6,7); p. 150 (2); p. 154 (1,2); p. 159 (1,2,3); p. 166 (2).

Traducción de Luciana Daelli

Centro Editor de América Latina S. A.
Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en septiembre de 1970.

Lorenzo el Magnífico

Sergio Romagnoli

1449
El primero de enero nace, de Piero de Médici y de Lucrecia Tornabuoni, el primogénito, Lorenzo.

1453
Nace Giuliano, segundo hijo de Piero y de Lucrecia Tornabuoni.
Los turcos conquistan Constantinopla.

1454
El 14 de julio nace en Montepulciano, Agnolo Ambrogioni, llamado el Poliziano. Gentile Becchi, de Urbino, es llamado a Florencia en calidad de preceptor de Lorenzo.
El 4 de abril se concreta la paz de Lodi entre Francisco Sforza, duque de Milán, y la república de Venecia.

1458
Fernando de Aragón sucede a Alfonso en el trono de Nápoles.

1461
El primero de noviembre muere Giovanni, hermano menor de Piero, hijo de Cosme.

1464
El primero de agosto muere, en la villa de Careggi, Cosme el viejo. El 30 de agosto sube al trono pontificio el veneciano Pedro Barbo, con el nombre de Pablo II.

1466
Conjuración capitaneada por Lucas Pitti contra Piero de Médici. El 2 de setiembre Lorenzo entra a formar parte del gobierno de la ciudad y se sienta en el Consejo de los Cien, instituido por Cosme el viejo en 1458.
Muere Francisco Sforza; le sucede su hijo Galeazzo María.

1469
4 de julio: Lorenzo se casa con Clarice Orsini. El 2 de diciembre muere Piero, hijo de Cosme y padre de Lorenzo.

1471
El 15 de febrero nace Piero, primogénito de Lorenzo de Médici y de Clarice Orsini. El 26 de julio muere Pablo II y le sucede Francisco della Rovere. (Sixto IV).

1472
Lorenzo reconstruye la Universidad de Pisa. En abril la ciudad de Volterra se rebela contra Florencia; pero el 18 de junio es obligada a rendirse y es saqueada.

1473
Sixto IV conquista para su sobrino Girolamo Rario, arrebatándola a Galeazzo M. Sforza, la ciudad de Imolo, financiado por la familia florentina de los Pazzi.

1475
El 11 de noviembre nace Juan, hijo de Lorenzo, futuro papa León X.

1476
Lorenzo, ayudado por Poliziano y Landino, prepara la *Recopilación*, llamada después *Aragonesa*, de textos líricos en lengua vulgar, y la envía a Federico de Aragón.
El 26 de diciembre es asesinado Galeazzo María Sforza, en la iglesia de San Esteban, en Milán, por Girolamo Olgiati.

1477
Nace el hijo natural de Giuliano de Médici, Julio, futuro papa Clemente VII.

1478
El 26 de abril Lorenzo y Giuliano son asaltados por los Pazzi y otros conjurados, en Santa María de la Flor; Lorenzo se salva, pero Giuliano muere asesinado.
1º de junio: Sixto IV excomulga a Lorenzo y a su facción; el 20 de junio emana la interdicción contra Florencia; el 13 de julio Fernando de Nápoles declara la guerra a Florencia.

1479
La guerra promovida por la Iglesia y el reino de Nápoles aliados contra Florencia, se resuelve, imprevistamente, por el viaje de Lorenzo a Nápoles, el 6 de diciembre. Fernando acepta la alianza propuesta por Lorenzo.

1480
El 15 de marzo Lorenzo vuelve triunfalmente a Florencia. En abril el papa estrecha un pacto con Venecia. El Moro usurpa el poder ducal de su sobrino Giovanni Galeazzo. El 3 de diciembre Sixto IV revoca la interdicción contra Florencia.

1482
El 25 de marzo muere Lucrecia Tornabuoni. Recomienza la guerra en un nuevo frente: por un lado Sixto IV y Venecia, por el otro Ferrara, con el apoyo de Milán, Nápoles y Florencia. El 12 de diciembre se establece la paz.

1484
El 8 de agosto se firma la paz de Bagnolo (Brescia). Giovanni Pico della Mirandola es recibido entre los familiares de Lorenzo. El 13 de agosto muere Sixto IV y le sucede, el 29 de agosto, Giovan Battista Cibo, con el nombre de Inocencio VIII. En noviembre los florentinos conquistan Pietrasanta. En noviembre, quizás, muere en Padua Luigi Pulci.

1485
Guerra de los barones napolitanos contra Fernando, apoyados por Inocencio VIII.

1486
11 de agosto: paz de Roma, con la mediación de Lorenzo de Médici, entre Inocencio VIII y Fernando de Nápoles.

1487
Florencia reconquista Sarzana, con el fin de reforzar sus límites.

1488
Matrimonio entre Magdalena, hija de Lorenzo, y Franceschetto Cibo, hijo del papa Inocencio VIII. Piero, hijo de Lorenzo, se casa con Alfonsina Orsini. El 30 de julio muere Clarice Orsini, mujer de Lorenzo.

1489
El 9 de marzo Juan, hijo de Lorenzo, de apenas 13 años, es nombrado cardenal.

1492
En enero se estipula un acuerdo entre el papa y Fernando de Nápoles. El 12 de marzo Giovanni, hijo de Lorenzo, parte hacia Roma. El 8 de abril muere el Magnífico: reposará en San Lorenzo, en Florencia.

La familia Médici

El 1º de enero de 1449, cuando nació Lorenzo, todavía vivía su abuelo Cosme de Médici, llamado Cosme el viejo. Y aunque el sexagenario mercader y banquero, fuese en cuanto a títulos oficiales, un ciudadano privado, la ciudad de Florencia estaba prácticamente en sus manos, desde el año 1434. Pero la fortuna y el poder de la familia no se había formado en el breve lapso de dos generaciones: el padre de Cosme, Giovanni di Bicci, había sido un hombre riquísimo y muy poderoso, heredero de las tierras de Cafaggiolo en Mugello. Estas tierras habían sido conquistadas por Averardo, su padre, quien figuraba inscripto en el Arte de Calimala, la más importante de las Artes Mayores [corporaciones]. A pesar de esto, el origen de la familia era oscuro. Esto significa que no era una familia de la nobleza feudal y que no pertenecía al linaje de las grandes familias de la ciudad, cuyos orígenes se confundían con las leyendas satisfactoriamente construidas sobre inciertos o verdaderos rastros de la alta o baja Edad Media. Sabemos con seguridad, que en el siglo XIII los Médici estaban inscriptos, precisamente, en el Arte de Calimala. Este gremio era el que importaba lanas del extranjero, las refinaba y luego las vendía en la localidad o las exportaba. Se trataba, pues, de una corporación en la que sólo podían participar aquellos mercaderes que disponían de grandes capitales, que eran capaces de anticipar notables sumas de dinero y de reunir con facilidad —necesariamente, podríamos decir— el comercio y la manufactura con las actividades bancarias. "Sus banqueros —dice Salvemini— incluyen en el círculo de sus negocios el reino de Sicilia, Francia, Inglaterra, Alemania, Suecia, Dinamarca, Polonia, Irlanda. El dinero de la corte pontificia que, durante buena parte del siglo XIII había sido manejado, prácticamente en su totalidad, por los Buonsignori de Siena, empezó a pasar a manos de los florentinos durante los últimos decenios del siglo . . . Los mercaderes de Calimala, en lo que hacía a sus asuntos bancarios, eran casi completamente independientes respecto a las posibles dificultades de orden interno; en cambio, por su actividad manufacturera cuya base eran los negocios de paño de la ciudad, estaban estrechamente ligados a los mercaderes de las restantes Artes Mayores".

En suma, los Médici eran personas que habían dejado de ser, durante muchas generaciones simples artesanos pero con todo, seguían siendo burgueses. Por lo tanto, estaban excluidos del restringido círculo de los *grandes*,* con sus viviendas en torre y su orgullosa tradición guerrera, con sus odios mortales que se transmitían a los parientes, a los sirvientes, a los clientes. Incluidos entonces, los Médici, dentro de la burguesía llamada *grassa* —la de los grandes mercaderes— sin embargo —incluso en este rango— no formaban parte del partido Güelfo, que fue una especie de estado dentro del Estado durante buena parte de la historia florentina.

Cuando Dante era joven y se aprestaba a ingresar en la vida política, parece que un Ardingo Médici había sido prior [magistrado] en 1291 y Confalonero de justicia en 1296. Indudablemente, desde aquellos años que prepararon los sucesivos conflictos que convulsionaron a la ciudadanía, hasta que ésta se confió a la inteligencia de Cosme —casi un siglo y medio más tarde— los Médici siguieron figurando en los altos cargos públicos ya como *podestá* o capitanes en las comunas suburbanas, ya como obispos de las ciudades toscanas y umbrías, como Chiusi y Orvieto. Gente de la burguesía, de la burguesía *grassa*, tenía que ser, naturalmente, güelfa y, entre ésta —cuando se produjo la división de las dos fracciones— de los güelfos negros. En efecto, lo fueron —y esforzadamente— en los decenios que vieron afirmarse a los negros sobre los blancos. En el motín del 4 de noviembre de 1301, cuando Carlos de Valois ya había entrado a Florencia en apoyo de los negros, los Médici figuraron entre los protagonistas de esta violenta acción tendiente a asegurar el poder de ese sector. Debilitada la ciudad financieramente por la desastrosa guerra de Lucca, y desilusionada por los escasos beneficios políticos y territoriales obtenidos a cambio de tantos sacrificios, Florencia quiso refugiarse en el apoyo de los Angevinos; llamó así a Gautier de Brienne, llamado el duque de Atenas, para constituirlo en *señor* de por vida. En esa oportunidad, los Médici estuvieron entre los primeros que vislumbraron el peligro de la acción demagógica ejercida por el tirano y trataron de echarlo en el año 1343. Sin embargo, las actividades públicas no concitaron todavía la atención principal de la familia. Los Médici continuaron acrecentando su potencia financiera; y frente a las fuerzas oligárquicas que trataban de controlar la comuna —institución ya declinante—, comenzaron a atraer demagógicamente la adhesión de la pequeña burguesía y, aún más, de un seudo proletariado de la industria florentina de la lana.

Giovanni di Bicci

En la última veintena del siglo XIV la ciudad gozó de una relativa paz; sin embargo, Maquiavelo está en lo cierto cuando, en las *Historias florentinas*, dice que "aquellos nobles aburguesados que gobernaron pacíficamente la ciudad cometieron dos errores que fueron la ruina de su Estado: uno de ellos fue que, por el continuo dominio, se hicieron insolentes; el otro, que por la envidia que se tenían unos a otros, y por la larga permanencia en el Estado, no tuvieron el debido cuidado de quienes podían agraviarlos". Justamente en este período Giovanni di Bicci (1360-1429), el bisabuelo de Lorenzo, pudo obtener una gran ventaja para su familia cuando, al lograr ser depositario de los asuntos pontificios durante el Concilio de Constanza (1414-1417), procuró la ampliación de su propia red bancaria, inclusive hacia Alemania y el este de Europa, en Hungría. Aparentemente empeñado por completo en sus negocios, Giovanni di Bicci sentaba, en cambio, de este modo, las premisas para su preeminencia dentro de la vida ciudadana. Luego de haber aceptado cargos menores como embajadas o prioratos, en 1490 se hace nombrar Confalonero de justicia, en evidente oposición a la oligarquía conservadora que aún trataba de dominar en Florencia. Maquiavelo, que con el retrato de Giovanni di Bicci comienza a insinuar en sus *Historias* su relato histórico contrario a los Médici, todavía no puede trazar rasgos negativos: "Por lo tanto, renovando éstos cada día con sus siniestros modos todo el odio de los universales, y no vigilando las cosas nocivas por no temerlas, o nutriéndolas con la envidia de unos hacia otros, hicieron que la familia de los Médici cobrase autoridad. El primero que entonces comenzó a surgir fue Giovanni di Bicci. Éste, habiéndose hecho riquísimo y siendo de una naturaleza bondadosa y humana, fue conducido a la suprema magistratura por aquellos que gobernaban. De donde los universales de la ciudad demostraron tanta alegría, pareciendo a la multitud el haberse ganado un defensor, lo que, merecidamente, hizo sospechar a los más prudentes que veían que todos los antiguos caracteres comenzaban a resentirse. Y Niccoló de Uzano no dejó de advertir a los otros ciudadanos sobre lo peligroso que era nutrir a un hombre que tuviese, en lo universal, tanta reputación; asimismo, cómo al comienzo era fácil oponerse a los desórdenes, pero cómo, dejándolos crecer, resultaba difícil remediarlos; y sabía que Giovanni tenía muchos partidarios que superaban a los de micer Silvestre."

En efecto, la tradición nos dice que Giovanni di Bicci, además de ser mercader y banquero notable, era afable, gentil, muy apegado a su familia y a Piccarda, su mujer, y siempre estaba dispuesto a ayudar al pueblo, indudablemente, para sacar provecho del favor. Durante 1421, como Confalonero de justicia, mandó iniciar —a sus expensas— por Brunelleschi, la construcción del Hospital de los Inocentes, una de los más bellos edificios del siglo XV florentino y, al mismo tiempo, uno de los pocos institutos benéficos que se crearon en aquel período. En 1425 encargó —también a Felipe Brunelleschi— levantar, en el lugar del destruido San Ambrosio, la iglesia de San Lorenzo. Allí, en la sacristía vieja, fue sepultado junto a su mujer. Con Giovanni di Bicci, por lo tanto, podemos decir que empieza la política de los Médici, la que luego continuaron y perfeccionaron



1

1. Florencia hacia 1490. Florencia Museo de Florencia (Arborio Mella).

su hijo Cosme y sus nietos Piero y Lorenzo. Era ésta una política que buscaba controlar estrechamente la vida política interna y externa de la ciudad, pero manteniendo todavía las viejas estructuras administrativas de la República; en ellas, con clara habilidad, trataban de acomodar a los amigos de confianza y a los clientes de su gran compañía bancaria. Por otra parte, las riquezas acumuladas y consolidadas debían ser no sólo un instrumento de corrupción, sino también debían lograr una acción liberalizadora, en el fomento de las artes y de la cultura que siempre fueron uno de los puntales más gloriosos de Florencia. Durante la disimulada *señoría* de Giovanni di Bicci triunfa nuevamente el humanismo latino y el rico mercader no deja de ser un magnífico protector del mismo. Pero su educación todavía burguesa, restringida a la lengua vulgar, admiradora y respetuosa de la superior cultura del *Estudio*, despierta el favor de la plebe, que, en las lisonjas de Giovanni —resueltas a menudo con dádivas, comidas, fastuosos torneos y divertidas reuniones—, ve la liberalidad de un espíritu más cercano a su gusto y en su propio nivel cultural, más que en el de los soberbios *Grandes* o de la avara alta burguesa. O sea, para todos aquellos que trabajaban duramente a jornal, vestidos con harapos y viviendo en tugurios, un estrato de la población no sutil pero amplísimo, aun cuando ya no fuese tan numeroso como antes, cuando se lo podía calcular en unas treinta mil cabezas sólo para la corporación de la Lana. Según Giovanni Villani, en efecto, hacia 1393, "los negocios del arte de la lana eran doscientos o más, y realizaban entre setenta y ochenta mil paños, que costaban un millón doscientos mil florines de oro. Un tercio quedaba en la ciudad como compensación por la mano de obra, sin contar la ganancia de los laneros. Vivían de esto más de 30.000 personas". Giovanni di Bicci aparece así como un hombre destinado a forjar un estilo y transmitirlo; si enumeramos rápidamente su actuación y la valoramos, podemos afirmarlo: su habilidad para aumentar los capitales de la casa hasta convertirse en el más rico y poderoso banquero europeo, su presencia en los grandes congresos políticos y religiosos de su tiempo, en los que lograba relacionarse, con gran inteligencia, con los príncipes, ligándolos a la fortuna financiera de su banca, y finalmente su mecenazgo donde con segura intuición artística sabía valerse de un Brunelleschi, el mayor arquitecto florentino. En la *Vita di Filippo di ser Brunellesco*, atribuida a Antonio Manetti, hay un retrato de Giovanni que ya lo impone como mecenas atento y dispuesto: "y estando Filippo con él y deseando Giovanni hacer alguna cosa bella y suntuosa, lo meditó; y al ver Giovanni —hombre de gran gusto— las nuevas y hermosas invenciones de Filippo, comenza-

1

1. Genealogía de los Médici, *de Pier Cattaci, Cod. Med. Palat. 225, cc. 2b-3a. Florencia, Biblioteca Laurenziana.*

2. *Villa Cafaggiolo, luneta de Jorge Utens, 1599, Florencia. Museo de los Médici* (Alinari).

2

ron a conversar sobre la totalidad de la iglesia [San Lorenzo]; y a la iglesia lo citó y le preguntó qué era lo que su corazón quería hacer y qué le parecía lo que hasta ese momento estaba preparado y edificado. Filippo se vio obligado a dar su parecer sobre lo que había sido hecho, siempre elogiando y alabando pero [diciendo] que se podrían hacer cosas más hermosas y lujosas, y de diversos modos se lo demostró. Giovanni se reunió con los otros del pueblo y [les dijo] por qué le parecía que eran buenos consejos y que esos [suponían] un gasto mucho mayor. No obstante, siendo su ánimo generoso, decidió que el viejo taller fuese abandonado y desmantelado para que atendiese en todo a uno de los proyectos de Filippo."

Florencia: de ciudad a Estado

La vida de Giovanni di Bicci se desarrolló, por lo antedicho, en el período durante el cual disminuyó ineluctablemente la libertad de la Comuna florentina. En su juventud, cuando tuvo lugar el motín de los cardadores [*Ciompi*] y era el favorito de la familia o, por lo menos, de Silvestre de Médici, Giovanni di Bicci presenció la restauración oligárquica de la burguesía *grassa* y luego su rendición a su propia inteligencia, habilidad y poder, rendición motivada por las disensiones que separaban a las familias más notables —los Alberti, los Albizzi, los Uzalo—. Aquel período durante el cual la República se mostraba cada vez más incapaz de regirse en forma duradera por medio de las complejas instituciones que había ido creando y adaptando a través de los siglos, también fue marcado por la dura lucha contra los propósitos expansionistas de los Visconti de Milán, detenidos en los confines de la Liguria, contra las insidiosas y fuertes ambiciones de la Curia romana. A pesar de sus divisiones internas, de la crisis que había sorprendido a sus industrias, de la fragilidad de su sistema político, Florencia había ido afirmando su supremacía en Italia central. Con la definitiva conquista de Pisa —ocurrida en 1406— y con la toma de Livorno —en 1421—, la que también marcó el nuevo destino de la ciudad, Florencia se encamina a la transformación histórica que la convierte de simple ciudad en un Estado. Si todo este proceso de crecimiento se había debido a la configuración ciudadana de la burguesía *grassa* —que había entrado como protagonista en los sucesos italianos y europeos de los siglos XIII y XIV, con sus grandes capitales creados por la industria y los bancos—, también era cierto que las formas oligárquicas con las que la burguesía trataba de mantener el poder, no podían sobrevivir frente a los nuevos organismos estatales, más eficientes, y en especial frente a la *señoría*. La expansión territorial, que creaba la necesidad de contar con una organización estatal sólida y centralizada, demostró, justamente, la incapacidad de la burguesía republicana y la oligarquía. Éstas, que también podían haber sido un útil instrumento para frenar la lenta caída hacia el gobierno unipersonal, no actuaron, salvo para poner en duda, la efectividad de la democracia de las instituciones. De hecho, se demostró que la Comuna estaba en manos de unas pocas familias que, finalmente, se habrían combatido entre ellas. En efecto, los Alberti fueron abatidos por los Albizzi, los Albizzi por los Médici. Por otra parte, las crisis de la primera mitad del siglo XIV habían demostrado que la supremacía mercantil e industrial florentinas, tan minuciosamente descriptas por Villani, estaban diluyéndose sitiada por obra de otras ciudades y estados. De modo que las pestes de 1348 y 1367 no fueron sólo una calamidad pública y un luto que destruyó y dispersó a tantas familias sino que también hicieron un daño posterior.

El florín ya no era la moneda admirada y envidiada en toda Europa; el ducado veneciano surgía ahora para combatirlo. Si Florencia, a pesar de todo, seguía siendo una gran potencia, sus grandes familias adoptaban ahora una actitud mucho más prudente que en el pasado. Ya no se verificaba la actividad frenética y esclarecida que había empujado a los mercaderes florentinos hacia todas las rutas marinas del Atlántico europeo y del Mediterráneo. Ya no se arriesgaban los capitales en empresas comerciales que hubiesen podido ser juzgadas como una locura de haber fracasado, y como geniales de haberlas coronado el éxito. La valorización de los grandes capitales se hizo entonces con mayor cautela; si se administra ya no se acumula, si se resiste ya no se invierte. O, mejor dicho, se invierte de otro modo. Cuando ya no se tiene confianza en el destino de los comercios, cuando no se vive una vida indómita afrontando riesgos y fatigas en tierras lejanas, sucede fatalmente que se retraen los capitales financieros y del tráfico se pasa a las inversiones inmobiliarias. La comuna del siglo XIV había hecho construir el majestuoso Palacio Viejo y muchas obras edilicias que habían otorgado a la ciudad un aspecto monumental. El siglo XV verá surgir otras joyas arquitectónicas, debidas, sobre todo, a la magnificencia de Cosme de Médici y otros ciudadanos. Pero la tremenda admiración por la belleza de la ciudad que todavía se lee en la *Historia de Florencia* (1308-1406) de Goro Dati, pronto dejará paso a la exaltación de la civilización del condado de Mugella, descripta con orgullo por Pagolo Morelli en sus *Recuerdos*, de los que, por lo que nos interesan, podemos citar aquellos de 1393 a 1411. La *Laudatio florentinae urbis* de Leonardo Bruni insiste sobre aquel aspecto ya delineado por Morelli, o sea, el de una ciudad armoniosamente circundada por villas y castillos, lugares deliciosos y civilizados. Antigua tradición, evidentemente, de la aristocracia y de la burguesía florentinas, renovada o acrecentada por el retiro de los capitales de los comercios y su inversión en las posesiones territoriales. Además, también Cosme, al suceder a su padre en el manejo de la casa, la hacienda y el Estado, continuó cultivando esta forma de vida y de utilización del capital, con las continuas reformas del castillo de Cafaggiolo, en la residencia de su abuelo en Trebbio, o comisionando a Michelozzo para construir la villa de Careggi. Y el mismo Lorenzo en su *Comentario* —que puede fecharse entre 1482 y 1484— dirá: "Era el mes de abril cuando, según la costumbre de nuestra ciudad, los hombres están de buen grado, junto con sus familias, en las enormes villas, porque en esa época del año es tanto más bello como la primera juventud es más hermosa que todas las otras edades del hombre. Y, además, nuestra ciudad tiene muchos, delicados y placenteros lugares cercanos, en los que, además de los hábitos naturales, se animan a veces a dejar las civiles y privadas ocupaciones y a gozar un poco del rústico ocio." Morelli, más burgués, había escrito que Mugello "está repleto de nobles ciudadanos de cualquier edad, hombres y mujeres que, con cacerías, pájaros, fiestas y grandes cortesías, hacen resonar y florecer de belleza la región y de alegría a todo el año . . . Los terrenos próximos a las habitaciones de los huéspedes, bien trabajados, adornados con frutas y hermosísimas viñas y con muchos pozos y fuentes de agua fresca . . . los edificios, grandes, fuertes, bien hechos, con nobles muros, grandes y espaciosas y nobles habitaciones, adornadas con ricos y agradables muebles para descansar con gusto alrededor de ellos [. . .] los castillos están ubicados en lugares hermosos y graciosos noblemente ordenados en la mitad del llano, de unas tres millas de largo de uno a otro lado. Los primeros, enmarcados por un hermoso, enorme y hondo foso, lleno de agua; más cerca, los ves ceñidos por altas murallas, anchas y fuertes, donde se asientan arriba fortísimas torres, altas y puntiagudas, muy graciosas; y adentro se ven notablemente habitados, llenos de casas ordenadas en prolijos burgos en los que viven muchos artesanos de cada región, conocedores y prácticos, que saben recibir y honrar como corresponde a los forasteros. Alrededor de estos castillos, por las playas, las colinas o los collados, a una o dos millas de distancia, hay muchos habitáculos de ciudadanos, ubicados en lugares muy agradables y dilectos, bien asentados, con linda vista, sobre los cultivos adornados con jardines y prados, con bellos cuartos y grandes salas y cámaras de estar de gran señor, llenos de pozos de excelentes y heladas aguas". Estas imágenes, se encuentran ya en el *Decamerón* de Boccacio, pero aquí, ya sea en la prosa culta y refinada de Lorenzo o en la más simple y vivaz de Morelli, están unidas a una agreste fascinación que resalta su mayor realismo.

Florencia: de república a principado
Cuando Giovanni di Bicci iba a morir, según el historiador Giovanni Cavalcanti, habría llamado a sus hijos Cosme y Lorenzo y los habría invitado a mantener aquel equilibrio entre la vida pública y la privada, que había enmarcado toda su acción de hombre político —ya prácticamente hegemónico, pero formalmente respetuoso de las estructuras internas del gobierno ciudadano— y de hombre dedicado a su banca y a sus comercios: "No os acostumbréis a hacer negocios en el Palacio, al contrario, esperad que el Palacio os llame y entonces sed obedientes y no os dejéis adular por las excelsas voces." Esto es un elogio de Giovanni; pero al mismo tiempo, como luego se verificó a menudo en la historiografía florentina, es una premisa para una interpretación contraria a los Médici. Es decir, Cavalcanti señala esos sucesos como iniciadores del crepúsculo de la libertad republicana. Cosme habría iniciado la confusión entre los intereses familiares y los del estado, o sea, la mezcla de las dos finanzas y el aprovechamiento de los privilegios políticos para los intereses de las familias. Cuando murió su padre, Cosme era un hombre de 40 años (había nacido en 1389). No desconocía la vida política y era muy práctico en tráficos y negocios. También había estado, por ejemplo, en el séquito del llamado antipapa Juan XXIII en el concilio de Constanza; había viajado por cuenta de la banca de los Médici a Alemania, Francia y varias partes de Italia; había sido enviado por la Señoría, en calidad de embajador, a Milán, junto a Filippo María Visconti (1420), a Lucca en 1423, a Bolonia en 1424 y junto a Martín V, en Roma, en 1426. En suma, había actuado en aquel atormentado período, en que no hubo estado o ciudad italiana que no tuviera que luchar por su propia sobrevivencia y por su propia independencia, en aquel período en el que ningún organismo comunal pudo resistir el choque interno de las grandes familias sin advertir que su destino, finalmente, era el de transmutarse en un principado —ya fuese a través de una adaptación gradual a la más moderna institución estatal o a través de imprevistas revoluciones. Cosme, acostumbrado a la perspicacia experimentada en los negocios y determinado por la particular historia de su tierra, adoptó una política realista que mantuvo los estatutos comunales intactos en la forma, pero modificándolos profundamente en la sustancia, sin conceder posibilidad de retorno a la vieja estructura gubernativa. Pero alcanzó estos resultados con grandes peligros, aun de la vida misma, y debió sufrir el exilio antes de asistir a su propio triunfo frente a las familias adversarias.

El gran Cosme
Ante todo, apenas quedó al mando de la herencia, tuvo que afrontar una situación política inflamada que, en el mismo año 1429, llevó a una nueva guerra con Lucca. Esta guerra fue deseada luego de un primer éxito contra Volterra, y favorecida no sólo por la oligarquía —capitaneada por Rinaldo degli Albizzi, adversario de los Médici y fiero antagonista de Cosme— sino por gran parte de la facción de los Médici. Frente a la decisión del partido Güelfo, que se identificaba, en cierto modo, con la oligarquía sobreviviente, a la voluntad popular y al mismo deseo de los partidarios de los Médici, Cosme dejó hacer. Sólo Nicoló de Uzza se le opuso con firmes palabras, que tendían a hacer respetar la libertad de Lucca. Pero la guerra fue mal conducida, con enormes gastos, con aplastantes derrotas y con victorias que más bien parecieron sucesos de saqueo y de rapiña. Rinaldo degli Albizzi, ya viejo, fue un desafortunado protagonista de estos hechos. En primer lugar, los florentinos se encontraron frente a Francisco Sforza, enviado en ayuda de los de Lucca por Filippo María Visconti, y sólo con las prebendas lograron obtener que Sforza abandonase la defensa de sus clientes. La guerra concluyó en la primavera de 1433, con el arbitrio de Nicolás III d'Este y de Ludovico de Saluzzo. Los luqueses, los florentinos y los sieneses —que se habían visto envueltos en la contienda— acordaron un retorno al anterior estado. Amarga paz para la ciudad que había promovido, cuatro años antes, tanta convulsión. Y todo esto no sirvió precisamente para calmar las vicisitudes internas de Florencia. El partido Güelfo y las familias que lo controlaban vieron en el fracaso y en el simultáneo refuerzo de la popularidad de Cosme, un peligro; ese Cosme que, cada vez más, parecía ser un hombre muy hábil, mucho más interesado que su padre por los asuntos públicos, mucho más prudente en acordar favores a los amigos, en crearse una sólida clientela política; mucho más liberal en la ayuda al pueblo. De manera que su ejemplo aumentaba las obligaciones de quienes gobernaban y él juzgaba por esta vía o vivir en Florencia poderoso y seguro como ninguno o, sucediendo lo previsto por el fracaso de la ambición de los adversarios, alcanzar el control de los estratos superiores. Siendo Confelonero de justicia Bernardo Guadagni, Rinaldo degli Albizzi logró, a pesar de la prudencia de Niccoló de Uzzano, hacer arrestar a Cosme: ya no había otro modo de detener su creciente poder más que golpeándolo en su propia persona. "Muchos querían —dice Maquiavelo— que fuese exiliado, muchos lo querían muerto; muchos otros callaban, ya por compasión hacia él, ya por temor." Finalmente, luego de haber pasado cuatro años comiendo sólo algún pedazo de pan, recluido en una piecita del Palacio comunal, con el temor de ser envenenado o condenado a muerte, Cosme vio que la suerte se estaba volviendo nuevamente a su favor; su dinero sirvió para convencer a mucha gente que no tenían que asesinarlo. En octubre de 1433, lo

1. Adoración de los Magos, de Botticelli. Florencia. Uffizi. En esta pintura están representados los Médici, desde Cosme el viejo hasta Lorenzo, y su corte (Alinari).

2. Lucrecia Tornabuoni. Detalle del fresco del Nacimiento, de Juan de Ghirlandaio. Florencia. Santa María Novella.

3. Piero el Gotoso. Detalle de la Adoración de los Magos de Benozzo Gozzoli. Florencia. Palacio Riccardi.

4. Lorenzo de joven. Detalle de la Adoración de los Magos de Benozzo Gozzoli. Florencia. Palacio Riccardi.

5, 6, 7. Giuliano de Médici, Giovanni y Piero, hijos de Lorenzo. Detalle del fresco de Ghirlandaio, en la capilla Sassetti. Florencia. Santa Trinidad. (Scala).



1

2

3

4

5

6

7

enviaron al exilio, y fue excluido por el término de diez años —junto con sus familiares— de todo cargo público y con destino obligado en Padua. De este modo se trataba de doblegarlo, si no su persona, sus posesiones, de anular su poder arruinándolo en las finanzas. Pero Cosme tomó con ánimo alegre el exilio, supo aprovechar la lejanía de la ciudad para emprender nuevos negocios. Ofreció su dinero a los príncipes y a los estados —a los venecianos, por ejemplo, que lo hospedaron, no como a un refugiado sino como a un honorable señor. Y desde el exilio, Cosme siguió manteniéndose en contacto con su ciudad y con la Señoría, ofreciéndoles su ayuda. Por fin, luego de una tentativa del partido Güelfo para aliarse con los *Grandes*, a fin de resistir el empuje de los partidarios de los Médici —aún fuertes e inquietos en la ciudad—, en setiembre de 1434, ya cansada la Señoría de las maniobras intentadas por Rinaldo degli Albizzi y por las continuas amenazas de las otras familias —entre las que figuraban los Peruzzi y los Strozzi—, mandó a todos éstos al exilio y llamó a Cosme de vuelta. "Por otra parte, al conocer la noticia de su restitución, Cosme regresó a Florencia. Y pocas veces ocurrió que un ciudadano, volviendo triunfante de una victoria, fuese recibido por su patria con tanto fervor popular y con tal demostración de agrado como fue recibido Cosme al regresar del exilio. Y por cada uno fue saludado como benefactor del pueblo y padre de la patria." Por lo tanto, también Maquiavelo advirtió, con estas palabras que cierran el libro cuarto de sus *Historias florentinas*, que el regreso de Cosme del exilio —en 1434— inició, verdaderamente, el gran período de los Médici en la Florencia renacentista. La victoria pacífica de Cosme, de este hombre que había sabido vencer con las armas heredadas de su familia —es decir: la riqueza, la prudencia, la astucia, la corrupción, y, además, la liberalidad— marcará luego, por mucho tiempo, el período más glorioso de la casa Médici incluso concediendo ya mucho a la señoría de Julio, antes de su elección al pontificado con el nombre de Clemente VII (1523).

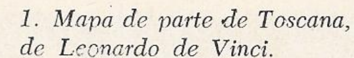
Si bien no era hombre "de armas llevar", tampoco era Cosme un hombre piadoso. Si la ciudad estaba resignada, ya antes de su regreso, y por lo tanto, más o menos pacificada, pensó que no era necesario herir a sus enemigos, pero sí vigilarlos. Muchos ciudadanos del sector adversario conocieron el triste camino del exilio y, entre todos, el caso más patético fue el de Palla Strozzi, "modestísimo ciudadano", dice Vespasiano de Bisticci, agregando que "estimaba mucho el tiempo y no andaba vagando por las plazas pero, en cuanto llegaba a su casa, se ocupaba en estudiar el griego o el latín, y jamás perdía el tiempo". Amigo de Giovanni, amigo de sus hijos Cosme y Lorenzo, no quiso actuar en 1434 contra los Médici y se hubiese contentado con seguir brindando todos sus afanes al *Estudio* florentino, que, por su mérito, adquirió gran importancia ya en el siglo XIV con la actuación de Emanuel Crisalora. En torno a Palla Strozzi se había formado un grupo de estudiosos entre los que se encontraban Leonardo Bruni y Nicolás Niccoli; sus esfuerzos se volcaron, en su mayor parte, a proveer su propia biblioteca —abierta a todos los adictos— de los antiguos textos; las obras de Platón y Aristóteles, la *Cosmografía* de Ptolomeo, o los comentarios que habían sido hechos en el Oriente medieval de los textos griegos. Pero a los sesenta años, luego de una vida dedicada a la ciudad y a la actividad cultural de la misma, tuvo que marchar al exilio, luego de haber marcado, realmente, las premisas de la gran civilización literaria florentina que, al poco tiempo, iban a iluminar el primado de los Médici. En Padua vivió dieciocho años, esperando siempre poder volver a la patria, pero sin entregarse al infortunio; al contrario, llamando junto a sí, en la casa de Prato nella Valle, a Juan Argiropulo y luego a Andrónico Calizzto, y proveyendo al *Estudio* paduano con preciosos códices aristotélicos. Todo ello llevó a reforzar el aristotelismo veneciano que, fuera de la intención de Palla Strozzi, se opuso algunos decenios después al neoplatonismo que surgía en Venecia con el favor de Cosme, protector del joven Marsilio —hijo de Diotifeci Ficino, su médico—.

De hecho, Cosme no dio todo su favor al *Estudio*, recordando, quizás, que su florecimiento se había verificado en tiempos de la oligarquía; favoreció más bien a la Academia Platónica que, luego de 1459 y alrededor de G. Gemisto Pletón y a Marsilio Ficino, reunió a un nutrido grupo de humanistas. Si se quisieran indagar las razones por las cuales Cosme mandó y mantuvo en el exilio al viejo Palla Strozzi, tendríamos que recurrir, quizás, no sólo a las razones políticas —que, en último término, parecerían más bien débiles— sino a la necesidad política de eliminar de la vida ciudadana a un hombre cuya cultura y personalidad gozaban de un alto prestigio.

Los Médici no podían, según las reglas que la costumbre histórica imponía a los príncipes y a los magnates, eximirse de proteger los estudios y las artes, dado que también en este sentido debían aparecer como la familia hegemónica.

Así, Cosme se rodeó de excelentes arquitectos como Brunelleschi y su leal Michelozzo. Los florentinos que, en los cuarenta años de su supremacía, asistieron a la construcción del palacio Médici en la calle Ancha, a los arreglos y ensanches de San Lorenzo, a la edificación del Convento de los dominicos de San Marco, de la Abadía de Fiésole y de tantas otras obras edilicias estupendas, acusaban a Cosme —entre admirados y despechados— de disipar en esas empresas, no sólo sus haberes sino también los públicos. Sabemos que edificó por valor de centenares de millares de florines y que, no bastándole tanta magnificencia y tanta prodigalidad con el dinero público, al terminarse el Convento de San Marco lo dotó con una rica biblioteca, confiando el cargo de "librero" a Vespasiano di Bisticci, que se valió para su organización del canon establecido por Tomás Parentucelli, es decir, del ya recordado Nicolás V. Cosme, indudablemente, no era muy culto pero su intelecto reflexivo, rápido, abierto y por su "eterna" memoria, tenía que sentir, más que un sentimiento utilitario, un verdadero gusto en favorecer la cultura y las artes; así pudo hacer converger en su casa —sin llamarla aún fortaleza— la flor y nata de la inteligencia contemporánea: Argirópulo —salido de Padua en 1444—, Cristóforo Landino, de cuando en cuando León Bautista Alberti, Donato Acciaiuoli, Alamanno Rinuccini y Leonardo Bruni, Poggio Bracciolini, Carlos Marsuppini y Benedetto Acolti. Todos ellos eran hombres geniales o agudos eruditos que él protegió, a menudo pagándoles sueldo. Piero, su hijo mayor —que había tenido en 1418 con su mujer, Contessina de Bardi— promovió en 1441, a los veintitrés años, junto con León Bautista Alberti, aquel primer torneo del *Certamen coronario* que a menudo indicamos como el momento inicial de la continuación de la literatura en lengua vulgar, luego del gran período humanista, partidario del regreso a lo latino. En aquella ocasión, Alberti leyó en Santa María de la Flor algunas estrofas suyas en hexámetros, que Carducci ha señalado entre los primeros ejemplos de metros "bárbaros", y regaló a la República florentina el cuarto libro de su tratado *De la familia*, que trata extensamente el tema del famoso *Certamen, La verdadera amistad*. Ninguno de los participantes obtuvo la corona, pero es un hecho histórico que fue la Florencia de Cosme y de su joven hijo, la gran Florencia humanista, la que desató el nudo que ya se venía desenredando en las disputas contemporáneas en torno al uso del vulgar. Mientras tanto, en el llamado Jardín de los Médici, en las cercanías de San Marco, se empezaban a reunir esculturas antiguas, estatuas, vasos, objetos preciosos de diferentes épocas del pasado.

Resumiendo, Cosme gobernó Florencia sólidamente, con continuo control sobre todos los aspectos de la vida ciudadana, durante cuarenta años sin aparecer jamás como el señor absoluto. Si analizamos sus cargos públicos, vemos que fue Confalonero de justicia sólo durante dos bimestres (en 1435, 1439 y 1445), fue embajador en Venecia en abril de 1438 y ese mismo año, junto al papa Eugenio IV, que se encontraba en Ferrara, donde se había reunido el Concilio. Pero en Venecia, donde se había dirigido confiando en su reputación, aunque se lo trató con las honras debidas, no logró convencer al Consejo de los Diez para que apoyaran, con estrategia de Francisco Sforza, la renovada guerra de los florentinos contra Lucca. Si el conde com-

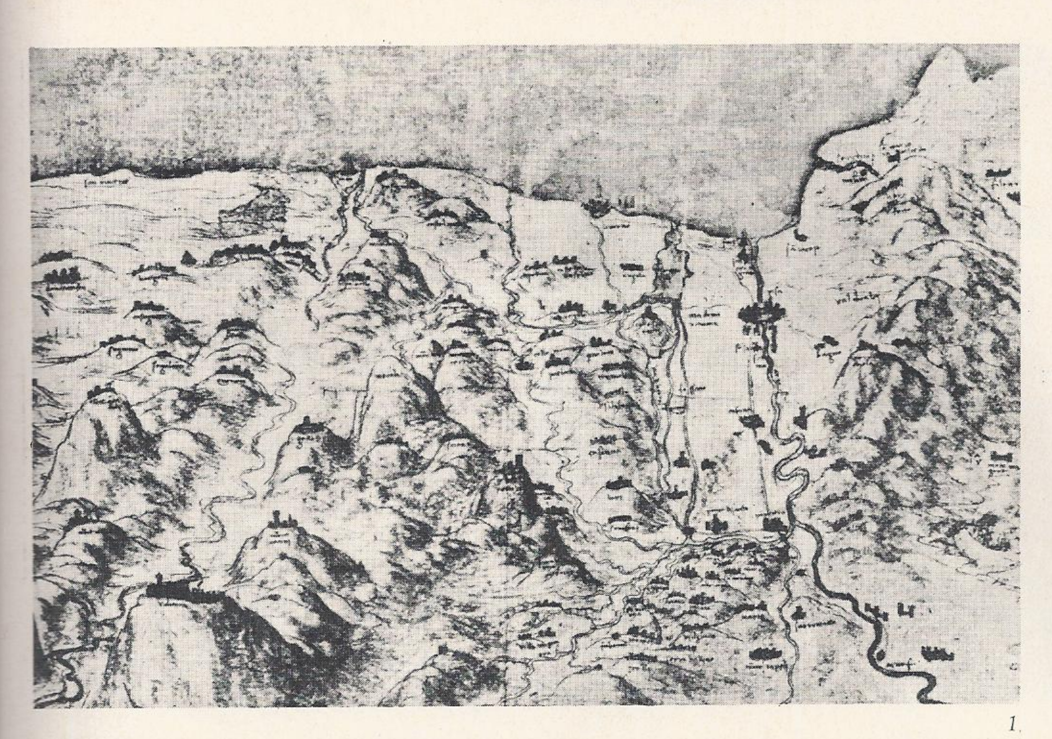


1. Mapa de parte de Toscana, de Leonardo de Vinci.

2. Sixto IV. Detalle del cuadro de Melozzo da Forlí. Pinacoteca Vaticana. (Alinari).

3. Vista de Nápoles, de G. Ballino. Los dibujos de las ciudades más ilustres. *Venecia, 1561.*

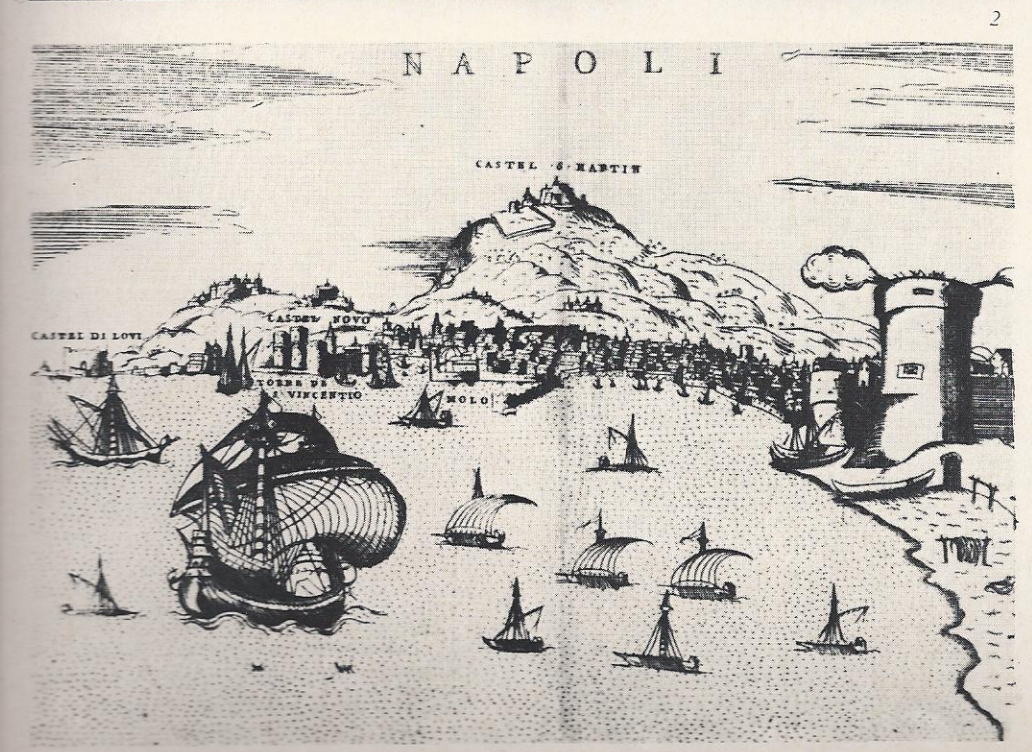
4. Carta escrita en griego del Sultán Bayaceto II a Lorenzo de Médici, del 18 de diciembre de 1491. Florencia. Archivo del Estado.



1



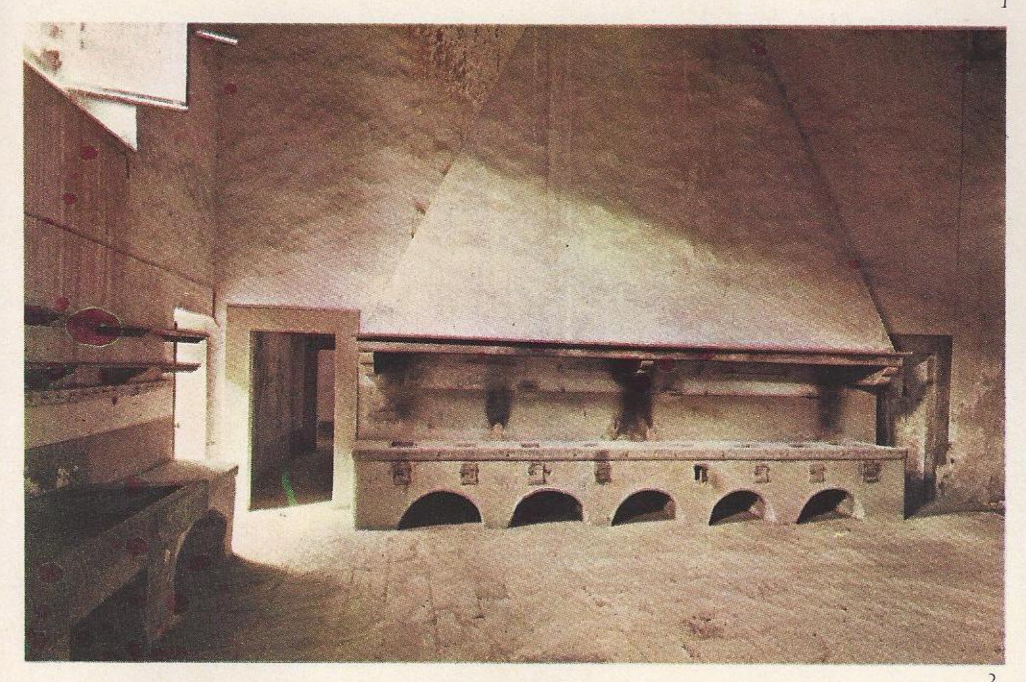
2

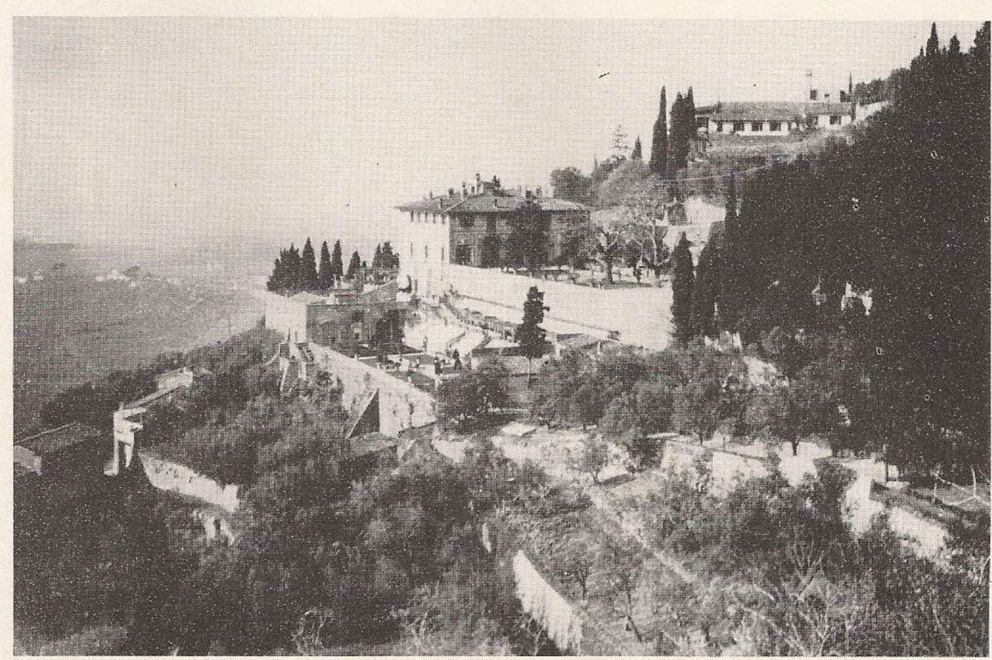


3




1


2


3

batía a la cabeza de los florentinos, los florentinos eran quienes debían pagar la guerra, fue la respuesta. Por otra parte, los venecianos, que confiaban en su propia capacidad de defensa, no alcanzaban a ver el gran peligro que podía acecharles, si Filippo María Visconti seguía ayudando a sus aliados de Lucca.

No se trató de una derrota personal de Cosme, sino de una de las tantas maniobras diplomáticas con las que no sólo se conducían las guerras en aquel tiempo, sino que, a menudo, se decidían, más allá de los resultados militares. Por otra parte, Cosme estaba muy seguro de su control interno. Todas las instituciones republicanas estaban aún en pie, pero todas las elecciones eran manipuladas de tal modo, que a la Señoría sólo ingresaban los hombres fieles a la Casa Médici. Los acopiadores, es decir, los que vigilaban las elecciones, sacaban regularmente de las bolsas de los escrutinios los nombres de aquellos que, sobreviviendo a tantos exilios, confinamientos y admoniciones, no estuviesen estrechamente ligados a los intereses de la Casa Médici y fuesen conocidos como hostiles, por su vieja fidelidad republicana, a la nueva realidad política. Sólo los nombres de los devotos partidarios de los Médici se introducían en las urnas y, de tanto en tanto, eran nombrados bailíos dotados con plenos poderes. Si en algún momento se tuvo la impresión de que los escrutinios eran libres, y que Cosme tendía a alentar el control ejercido a través de sus delegados, en otros momentos el sector de los Médici, a través de la obra de algunos de sus miembros poderosos —como, por ejemplo, Lucas Pitti en 1458— obtuvo la institución de nuevos órganos de gobierno, reservados para pocos. Nos referimos a aquel Consejo de los Cien, que tuvo facultades legislativas junto con las ejecutivas, en todos los campos, ya sea desde las cargas fiscales hasta los asuntos militares. Aquel Consejo en el cual, contra las limitaciones de edad establecidas por el estatuto mismo, se había sentado Lorenzo ya a los dieciséis años, ocho años después de la creación de la nueva forma de gobierno, dos años después de la muerte del abuelo; con la admisión de Lorenzo, era ya una institución en decadencia si no lograba impedir que un adolescente participase en él, sólo por ser hijo de un Médici, del débil y enfermo Piero el Gotoso, que moriría tres años después.

La Florencia que heredó Lorenzo

Cosme murió viejo y, según cuenta Vespasiano de Bisticci, "en esta última parte de su vida estaba muy taciturno, y se pasaba, a veces, muchas horas sin hablar, pensando. Un día, preguntándole su mujer la causa de taciturno mutismo, le contestó: Cuando tú tienes que ir a la villa te pasas quince días empeñada en organizar la partida; yo estoy por partir de esta vida a la otra, ¿no

te parece que tengo que pensarlo?". Más allá de la fijación y de la turbia somnolencia que parece recogerse de esta actitud del anciano, se capta una imagen de vida familiar en aquella mujer, Contessina de Bardi, todavía activa e industriosa, junto a su marido achacoso por los años, y en aquella respuesta, más apta para los labios de un mercader, justamente, que para los de un príncipe. Y Vespasiano lo toma aún en un momento de confidencia, cuando Cosme le habría confesado que "antes de que pasaran cincuenta años, de él y de la casa no se encontraría nada salvo aquellas pocas reliquias que él había edificado y agregado, y dijo: y sé que a mi fin, mis hijos quedan en peor situación que los hijos de los ciudadanos que han muerto en Florencia hace ya tiempo". Y sin embargo, Cosme había manejado bien sus designios políticos. Había logrado hacer de Sforza un aliado, de Luis XI de Francia un amigo de Florencia; había asegurado a la ciudad la posesión de Casentino y de otras tierras y pequeñas ciudades circundantes, la posesión de Bagno da Romana; en suma, había asegurado los caminos de tránsito en los valles del Arno, del Tíber y, a través de los Apeninos, a la llanura de Romagna. Había tratado de mantener las industrias y los comercios florentinos a la altura de su fama y, al mismo tiempo, había encaminado a los campesinos hacia la economía agrícola. Además, había aumentado el tráfico sobre las costas mediterráneas, rivalizando con Venecia en las relaciones con los nuevos dominadores, o sea, los turcos del Oriente europeo. Aún más, dentro de la política interna había defendido las fortunas de los pequeños mercaderes, vigilado el desarrollo de las pequeñas manufacturas locales y de las actividades domésticas; había tratado de llevar paz entre las viejas familias ciudadanas, entre ellas mismas y entre ellas y su casa, aunque también había cuidado que ninguna llegara a distinguirse como una gran potencia. Por los fines que se había fijado, hubiese sido imposible hacer más que esto. Durante los últimos tiempos de su vida estuvo enfermo, atormentado por disturbios circulatorios, inmovilizado por la gota; al morir en la villa de Careggi —su favorita— se encontraban a su lado su mujer, su hijo Piero y Marsilio Ficino. Lorenzo y Giuliano, los únicos descendientes masculinos de su familia que sobrevivían —ya que su hijo Giovanni y su nieto Cosme el pequeño habían muerto ya—, se encontraban en aquellos días en el castillo de Cafaggiolo. Agosto de 1464; Lorenzo, que había recogido quizás las más afectuosas caricias de su abuelo pero del cual, probablemente, no había tenido tiempo de aprender ninguna enseñanza vitalmente formativa, estaba confiado al cuidado de Gentile Becchi, quien lo educaba en las letras latinas y las vulgares, con devota dedicación y admirada satisfacción.

Poco se sabe de estos primeros años de Lorenzo; y poquísimo o absolutamente nada de la repercusión que provocó la muerte del abuelo en el jovencito. Pero en 1472, escribiendo sus rápidos *Recuerdos*, Lorenzo lo recordará con palabras conmovidas aunque compuestas, cuando le preocupaba el advertir que luego de la muerte de Cosme "siguieron muchas revueltas en la ciudad; nuestro padre fue especialmente perseguido por envidia y nosotros también, no sin que peligraran los amigos, el Estado y nuestras facultades. Desde que nació el Parlamento, la novedad de 1466, fueron desterrados mícer Agnolo Acciajuoli, mícer Dietisalvi (Neroni) y Niccoló Solderini, junto con algunos otros, y se reformó el Estado". De modo que los temores de Cosme no eran infundados. Si bien es cierto que en Florencia ya no se podía hablar de una oposición organizada, sino más bien de algunas familias que no se resignaban a formar parte de la clientela de los Médici y a renunciar a una acción propia y destacada en la vida ciudadana.

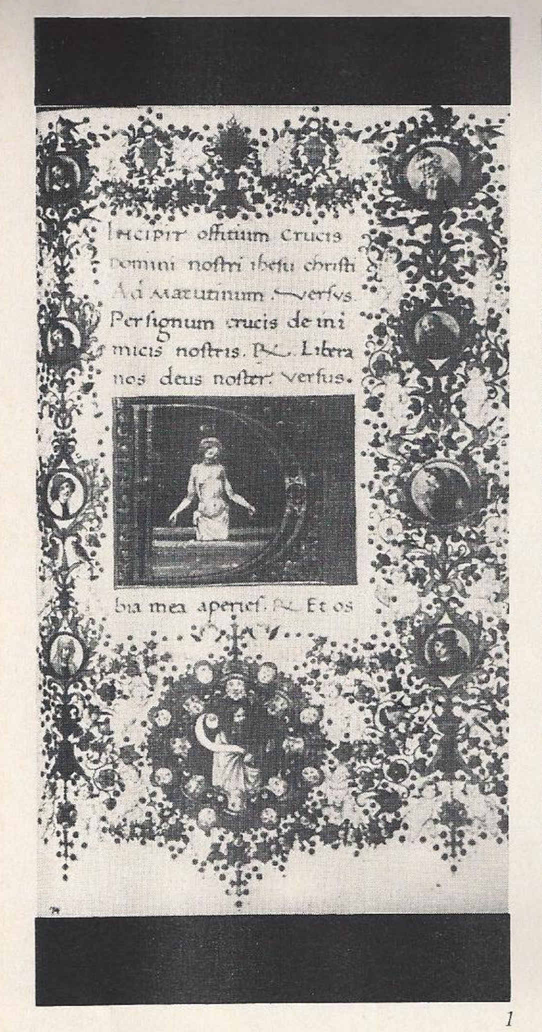
Lorenzo el Delfín

También es lógico que Lorenzo, en las pocas páginas que componen sus *Recuerdos*, se detuviese en los acontecimientos del verano de 1466, porque, sobre todo, durante ese año, puede decirse que termina su tranquila y despreocupada adolescencia; "haz de cuenta que eres viejo antes de tiempo, que así lo pide la necesidad", le había escrito a su padre en 1465. Sabemos que Lorenzo, a los seis años de edad, había sido confiado a la inteligente y a la vez pedante escuela de Gentile Becchi, quien luego lo acompañó con sincero afecto durante toda su vida. Sabemos que a los ocho años ya sabía leer, escribir y recitar versos y que le tomaba las lecciones —evidentemente como cosa de niños— a su hermano Giuliano, de cuatro años. En 1461, cuando Lorenzo tenía doce años, Gentile Becchi se complacía en escribir a los padres de sus pupilos, Piero el Gotoso y Lucrecia Tornabuoni, que Lorenzo leía a Ovidio y a Justino: "entre historias y fábulas, no preguntéis cómo se complace con sus presentes estudios". A esa misma edad, ya debía serle familiar la lectura de Dante, y algún historiados sostiene que, siempre alrededor de esos años Lorenzo fue alumno de Cristoforo Landino en el *Estudio*, lo que parece posible pero también improbable. Del mismo modo, se habla de una larga concurrencia de Lorenzo a las lecciones sobre filosofía griega que daba Argiropulo. Pero es indudable, que quien dejó sobre él las huellas más profundas fue Marsilio Ficino, que era íntimo de la casa de los Médici y solo dieciseis años mayor que Lorenzo. Desde 1463, Ficino tenía un círculo filosófico en la villa de Careggi, declamaba, comentaba textos filosóficos, escuchaba, corregía, dirigía debates entre sus alumnos. El mismo Landino, en sus *Disputationes Camaldulenses*, escritas en 1474, evoca las discusiones que surgían, como ejercicio de elocuencia, en torno de

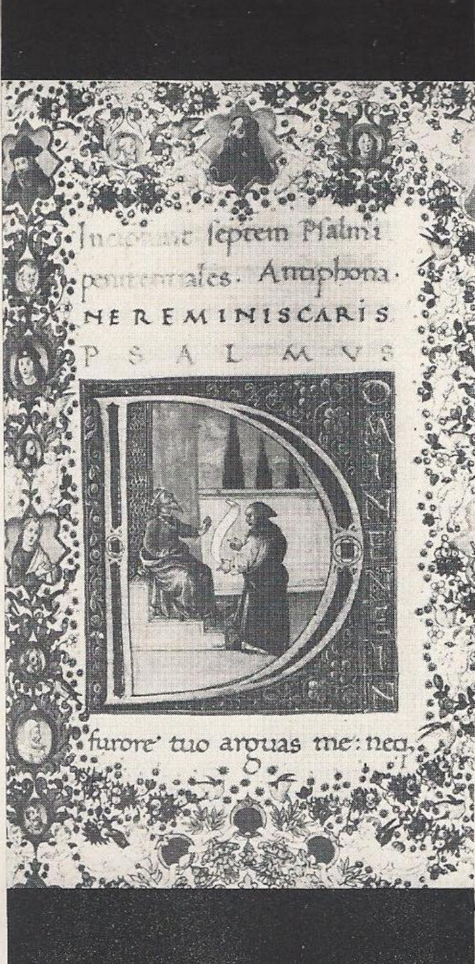
1. *Villa de los Médici de Poggio, en Caiano.* (Scala).

2. *Cocina de la Villa de Poggio, en Caiano.* (Scala).

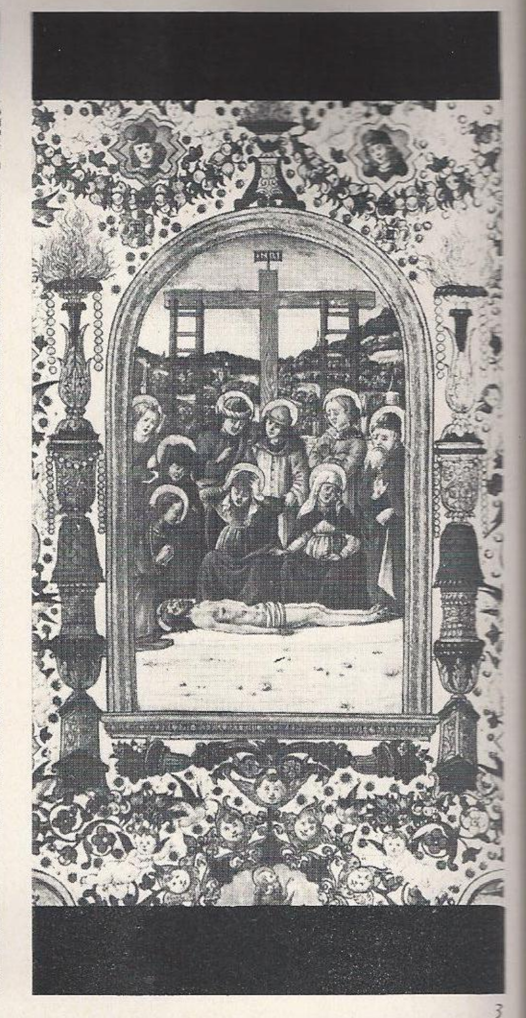
3. *Villa de los Médici en Fiesole.* (Alinari).



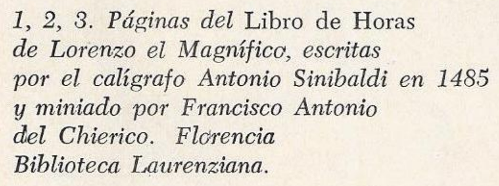
1



2



3



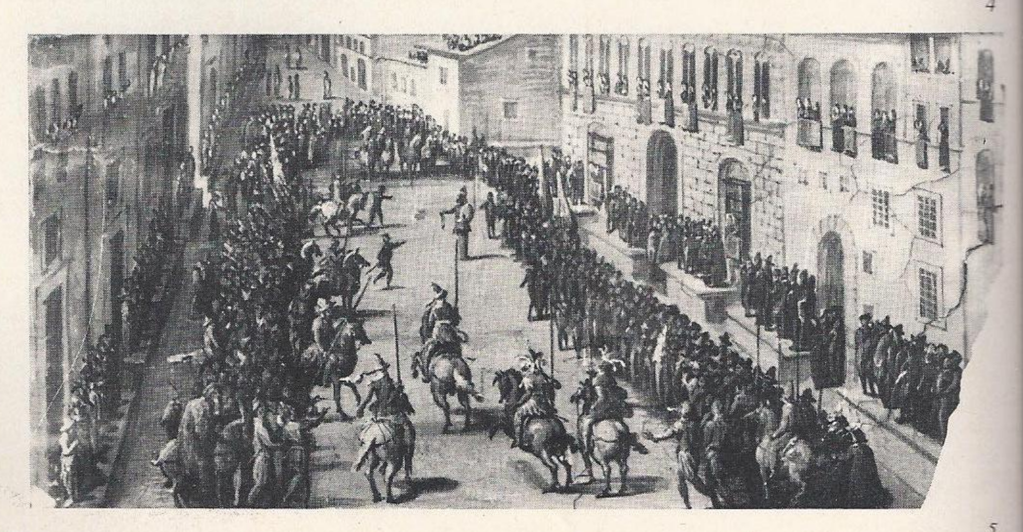
1, 2, 3. Páginas del Libro de Horas *de Lorenzo el Magnífico, escritas por el calígrafo Antonio Sinibaldi en 1485 y miniado por Francisco Antonio del Chierico. Florencia Biblioteca Laurenziana.*

4. El Palacio de la Calle Ancha, en una pintura de F. Granacci. Florencia. Museo de los Médici.

5. La Calle Ancha con el torneo de Saracino. Florencia. Palacio Viejo.



4



5

los grandes problemas de la vida, en el círculo de los jóvenes Médici. Lorenzo, por lo tanto, tuvo una buena educación humanista, conoció a fondo el latín según los cánones con que se enseñaba hacia la mitad del siglo XV. También tuvo una rápida y segura familiaridad con el lenguaje literario y participó del rigor filosófico del humanismo florentino. Esto bastó para darle aquella sólida base cultural a la que luego supo sacar fruto para sus escritos, los que fueron, salvo alguna epístola latina a Ficino y alguna carta oficial, escritos en lengua vulgar, pero vigilados por el recuerdo y la referencia siempre atenta a la tradición y, al mismo tiempo, enriquecidos o, por lo menos, salpicados por el gusto de la lengua viva, de la concreción del lenguaje hablado.

Educación principesca, sí, pero al mismo tiempo, educación que no se encerraba en las habitaciones del palacio, y que dejaba al jovencito, en cuanto hijo, ya no de un príncipe, sino de un ciudadano —aunque fuese el primer ciudadano de Florencia— la posibilidad de andar por las calles, las plazas, y las otras casas, en compañía de otros jóvenes de su edad, componiendo alegres pandillas, divirtiéndose con el canto, el baile, la recitación de poesías propias o ajenas, con escaramuzas amorosas, con amorosos "homenajes" literarios a las muchachas. Y tal vez las compañías fueron diversas, no siempre gentiles y honestas; honestísima fue, en cambio, la de aquella que Lorenzo, según la costumbre de la época, eligió como inspiradora: Lucrecia Donati, que fue luego la prometida y la mujer, en 1645, de Niccoló Ardinghelli. De esta profesión de amor, sólo de carácter literario —por lo que es lícito argüir—, quedan documentos, algunos sonetos y algunas prosas que Lorenzo dejó en su *Comento* [Comentario]; homenajes, precisamente, que se emparentaban con la tradición del "stil novo" y con el renacimiento del sentimiento amoroso de Petrarca. Pero en 1465, justamente, Lorenzo es enviado por el padre a Milán, al casamiento de Hipólita Sforza con Alfonso de Aragón, primogénito del rey Federico de Nápoles; además de Milán, Lorenzo visitará las cortes de Giovanni Bentivoglio en Bolonia, de Borso d'Este en Ferrara, la severa corte del duque Cristoforo Moro en Venecia. Braccio Martelli y Luigi Pulci le darán, durante el alejamiento, noticias de la pandilla de los jóvenes amigos: "Querido Lorenzo —le escribe Pulci el 27 de abril— nos dejaste desconsolados al partir, y yo todavía no se si podré sostener la pluma para escribirte esta carta. He sabido diligentemente por Braccio sobre tu viaje, y estimo que ahora estarás en Venecia; y para que mi escrito tenga un buen principio, digo que yo estoy completamente solito, perdido, afligido sin ti. Por otra parte, estoy muy contento con tu partida, aunque pienso que es aventurada por muchas razones. Tu verás cosas dignas y hermosas como aquellas con las que suele complacerse gustoso tu ingenio; al cual yo estimo más exquisito que de todos los demás, salvo en una sola cosa, *etcétera, ceterorum*... Si tú estuvieses yo haría ramilletes de sonetos como de cerezas en este calendimayo, yo diría cosas tales que el sol y la luna se detendrían para oirlas, como a Josué. Todavía tengo entre los dientes alguno para salir; luego digo: mi Lorenzo no está y en él estaban verdaderamente cada uno de mis refugios y de mis esperanzas. Solo esto me deprime; pero que sea pronto y feliz tu regreso, que yo haré incluso reir de golpe a todo el pueblo: luego me iré sobre el carro de Elías".

La corte de Lorenzo

De esta carta del treintañero Pulci, quizás es posible extraer algunas consideraciones: ante todo, la más obvia, es decir, la del afecto verdadero, sincero, feliz y conmovido que ligaba al jovencito con el bizarro poeta de la clientela de los Médici. Un tipo de amistad que no fue solo privilegio de ellos, sino que luego se extendió a Poliziano, aún cuando las circunstancias de la vida no siempre contribuyeron a la continuidad de la confraternidad y aunque, desavenencias y equívocos no faltaron, en los complejos capítulos con los que se puede construir el libro de una gran amistad. En esta carta, sobre todo, aparece ya configuarada aquella que será la *familia* cultural y artística de Lorenzo, bien distinta de la casa de opulencia y de mecenazgo, con dosificada liberalidad de Cosme; bien distinta de la breve y protectora acción cultural de Piero, dominada por la severa aunque dulce mirada de su mujer, Lucrecia. La corte de Lorenzo fue mucho más activa y, mientras sostuvo la supremacía del humanismo florentino fue, al mismo tiempo y más que ninguna otra corte italiana, protagonista del renacimiento de la literatura en lengua vulgar. Además, entre las líneas de la carta de Pulci se advierte aquella compenetración de elementos literarios y políticos, domésticos y amistosos, serios y jocosos, confidentes y encomiásticos, gentiles y populares, que sirvieron para dar a la burguesa corte laurenciana su particular esencia y su particular apariencia.

Literatura y vida social, en efecto, no se distinguen en la civilización laurenciana, en contra de cualquier apariencia: ni Lorenzo ni en sus amigos y protegidos. El ideal humanista del erudito empeñado en los estudios e igualmente en la vida pública, ideal afirmado y vivido ya por un Coluccio Salutati y por un Leonardo Bruni, comienza ahora a deshojarse, pero es un proceso que, en última instancia, se percibe menos en Florencia que en las otras ciudades italianas: la corte de Lorenzo no es una corte feudal, no es una corte de tradición principesca, más bien, es una gran hermandad en la cual, casi naturalmente, se determina, entre el señor y sus cortesanos, una relación de subordinación que no excluye la amistad y, al contrario, la subraya y favorece. Pulci y Poliziano, como los otros del grupo de los Médici, son hombres que no tienen como ejercicio exclusivo el culto de la poesía; son hombres vivos que, en las formas consentidas por el señor, participan de su fortuna política. Son hombres que llegado el caso —como le ocurrió a Poliziano entre 1478 y 1479, en tiempos de la conjuración de los Pazzi— saben poner la mano con juicio y autoridad en los sucesos públicos, hombres que participan en concilios, en embajadas, legaciones, que saben resistir —sin necesidad de vestir los ropajes de héroes— las imposiciones y, quizás, asumir la responsabilidad de las propias obstinaciones como también le ocurrió a Poliziano en ocasión de su desaveniencia con Clarice Orsini, la mujer de Lorenzo. Y cuando Pulci, en el progresivo clima platónico instituido por Ficino, que también influyó sobre los modos de la poesía vulgar, tuvo conciencia de que su gran familiaridad con Lorenzo —cuando el señor era jóven y adolescente— se había finalmente empeñado, no guardó silencio. No se retiró en su silencio que podía aparecer y hubiese sido, efectivamente, más servil que la queja, y al contrario, no dejó de protestar amarga y afectuosamente, por haber sido dejado un poco de lado. Los del grupo de Ficino lo miraban con suficiencia; entre los jóvenes literatos, Agnolo Poliziano solo admitió ofrecer su amistad; Mateo Franco será su abierto enemigo. En el fondo, su coetáneo Marsilio Ficino podía entenderlo mejor que los otros; a pesar de las polémicas que se suscitaron entre ambos. Es decir, podía entender que Pulci representaba, en su exhibida pobreza, en la historia de su familia noble, mercantil, decadente y luego cliente de los Médici, una extrema consecuencia de la ya secular política de la Casa hegemónica, que había apagado a tantas familias con todos los instrumentos que el poder político, manejado por mediadores, había consentido: las tasas exorbitantes, las admoniciones, las notorias y secretas exclusiones de la responsabilidad pública, los destierros, los exilios, y contra esto y junto a esto, la protección a otras familias que, surgidas del pueblo, debieran todo al hecho de estar dentro del gran núcleo de los Médici, en la ganancia del dinero y en la participación de los cargos comunales. También comprendía que los Médici, finalmente, favorecían a los hombres, no a las familias, que a cada uno le podían reservar una de sus notables tajadas de fortuna, de honor y de riqueza, pero a título personal, sin presuponer la preparación de nuevas dinastías privadas, como ocurrió con Bartolomeo Scala, con Angelo Poliziano, con el mismo Pulci. Esta era, en aquel momento, el último representante de un lenguaje poético refinado y popular al mismo tiempo; un lenguaje que era de la burguesía, que podía complacer por la vivacidad, la ductilidad, la divertida capacidad para sostener los más variados juegos de inteligencia, desde el sonriente plegarse sobre el mundo



IN NOBI
LISSIMA
MEDICVM
FAMILIA
MVLTI PRE
CLARI MA
GNIQ3. VI
RI FVERE
IN QVIBVS
IOANNES MEDICES: QVI
MAGNO ET INVICTO
ANIMO VICECOMITIBVS

Sese opponens sæpius patriæ Nostræ
libertatem & communem omnium sa
lutem tutatus est. Verius quoq; in
Equestri dignitate: quæ prima apud
florentinos habetur: sine controuersia
princeps. Nostræ quoad uixit Rei p.
extitit rector et gubernator. Quid Cos
mus Ille Magnus: qui in magnis ob



1



2

En las páginas precedentes:

1. Página miniada de la Vida de Lorenzo el Magnífico*; de Nicolás Valori. Florencia. Biblioteca Laurenziana.*

2. Pallas y el Centauro, de Botticelli, alegoría del triunfo de Lorenzo. Florencia. Uffizi.

1. Lorenzo el Magnífico en el casino de San Marcos admira el Fauno de Miguel Ángel. Pintura de Octavio Vannini. Florencia. Palacio Pitti.

2. Marsilio Ficino, Cristóbal Landino, Agnolo Poliziano, Gentile de Becchi. Detalle del fresco de Zacarías en el Templo, de Ghirlandaio. Florencia. Santa María Novella.

3. Retrato de Juan Pico della Mirandola, de autor anónimo. Florencia. Uffizi.

4, 5. Ilustraciones del Decameron, *de Boccaccio. Venecia, 1492.*

6. El cosmos armónico.



3

caballeresco, hasta la imitación burlona, un poquito feroz, pero elegante, del mundo contemporáneo de la ciudad (precisamente por ser lenguaje ciudadano nacido y nutrido durante siglos entre las murallas y los puentes del Arno). Un lenguaje que había sido el de los Médici, burgueses y mercaderes, y que todavía, después de todo era el lenguaje de la vida doméstica; un lenguaje con el que se podía inventar un canto travieso, reelaborar fantasiosamente una canción y, también, usando una pluma un poco más aguda, imitar sin desmerecer, —por lo menos en las situaciones y aventuras del sentimiento— el siempre admirado "stil novo" y a Petrarca. Ese lenguaje, ese gusto, esa inspiración, esa limitación y placer, que Pulci derivaba de su ascendencia burguesa, y por los cuales logró ser poeta nuevo; todos esos elementos y recursos que él logró transmitir a su joven amigo Lorenzo, antes que la civilización comunal burguesa, que los había cultivado, se deshiciese, precisamente por obra de los principados, y entre estos, enorme, aunque diferente de los otros, el laurenciano. Esta influencia de Pulci sobre el primer Lorenzo, resistió hasta que Ficino y Poliziano introdujeron una nueva idea de la poesía, un nuevo control del léxico literario. Indudablemente, Lorenzo sintió estos diversos momentos de la cultura que él cobijaba y en la cual participaba. Acercándose a todos estos experimentos, tratando de tomar él también el fruto de diferentes tendencias, Lorenzo en el fondo, apuntaba su propia inserción en la etapa artística que se desarrollaba a su alrededor.

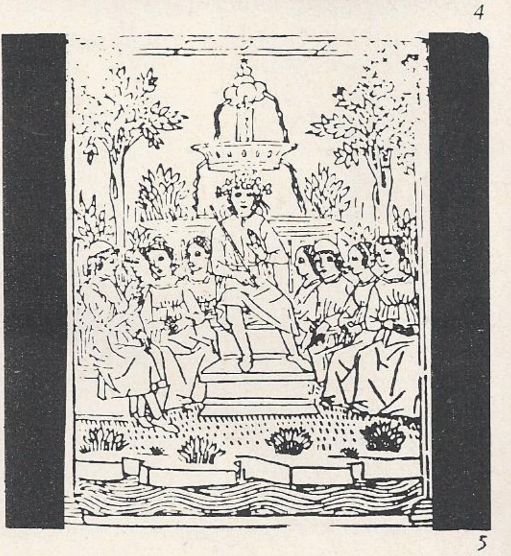
Lorenzo: intelectual de su época

Un hombre de refinada cultura, educado e instruido dentro de una civilización humanista elaborada por eruditos y destinado, no a cultivar las letras y la especulación filosófica, pero sí a regir la suerte de una familia que se había identificado con el Estado. Es fácil —o directamente necesario— que un hombre semejante, en sus ocios predilectos entre las distintas tareas de la gran casa mercantil, de la administración pública, de la engañosa diplomacia contemporánea cuando tuviese que explayarse sobre la poesía, no persiguiese una singular y absolutamente individual expresión artística, si no a riesgo, realmente, en este caso, de acabar en el "dilettantismo", en el límite de un propio y restringido ejercicio. Lorenzo —cuya vida estuvo colmada de sucesos y de hechos diversos, todos debidos a las tremendas responsabilidades que, desde joven, sino desde jovencito, tuvo que asumir— en su vivaz, curiosa, meditativa y melancólica inteligencia se entregó a la más alta autoridad literaria de sus protegidos y amigos que, por su magnanimidad, dedicaban a las letras y a los estudios las horas más fructíferas de la jornada. El "dilettan-

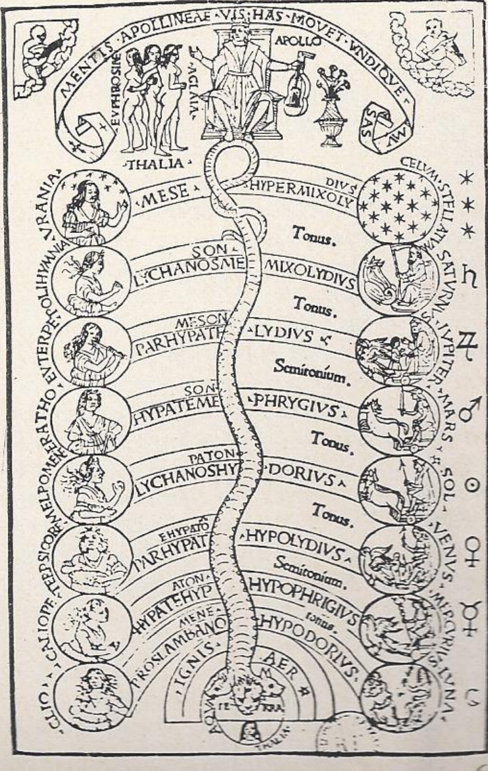
tismo", el eclecticismo o la incoherencia, como se lo quiera llamar, de su obra literaria serían, más que el producto de su temperamento, considerado por aquellas variadas y diversas formas, el resultado de su manera genial de secundar las tendencias compuestas por una cultura que estaba presente en la ciudad, de una civilización literaria protegida y promovida por él, pero no determinada (pero estas son tesis que no resisten un sondeo atento del siglo XV italiano, aunque hayan tenido fortuna antes y ahora). El suyo fue el único modo con el cual un príncipe mecenas, que no agota su atención hacia las bellas artes en la protección de los artistas y de los eruditos, pudiese insertarse felizmente en aquel mundo, como protagonista, como verdaderamente lo fue Lorenzo. Observar, escuchar y, por lo tanto, ayudar a su propia y primera vocación a expresarse en las formas que se le ofrecían, rivalizar con los "profesionales" de dichas formas, con los creadores oficiales de aquella cultura, a cuya determinación Lorenzo por el inevitable impedimento de otras responsabilidades muy distintas que salpicaban enojosamente sus días, sus meses, sus años no aportó más que una contribución. Por otra parte, Lorenzo, con *La Nencia di Barberino* (que a pesar de tantas discusiones se le sigue atribuyendo), con sus canciones para bailar, con sus cantos divertidos y, sobre todo, con su *Comento sopra alcuni de suci sonetti* [Comentario sobre alguno de sus sonetos] y con muchas rimas, alcanzó una excelencia, que justifica plenamente su modo de participación total con el espíritu complejo y variado de la civilización literaria florentina contemporánea. Hará falta, además, considerar que, frente a Lorenzo, muchos críticos han adoptado, para elaborar un juicio, un método deformante ya de entrada y que, parece derivar inmediatamente, de un prejuicio alrededor del "dilettantismo" laurenciano. Es decir, que su obra ha sido leída poniendo una atención demasiado exclusiva en la variedad aunándola cronológicamente. Es cierto, la vida de Lorenzo fue relativamente breve; a los cuarenta y tres años ya había terminado, pero, en cambio, fue suficientemente larga como para advertir y seguir los cambios, las modificaciones, de una vocación tan valerosamente volcada sobre las letras, inclusive en las obras inconclusas. Es indudable, que la variedad de las pruebas literarias laurencianas no conduce tanto a una idea de armonía como, más bién, a una constatación de complejidad. Pero también es cierto que en las páginas de Lorenzo falta un indicio (salvo en el *Comento* y aun allí no sistemáticamente expuesto) de su vida intelectual, falta la reflexión entre la propia obra y la civilización que la sostiene; o sea, los elementos que, en cambio, se encuentran en otros poetas coetáneos tan conscientes como él del valor de eternidad inscripto en la creación artística. Elementos que se encuentran, por ejemplo, en Poliziano; él también, por otra parte, en la variedad de sus obras, es un personaje bien complejo, si se piensa que fue erudito, excelente filólogo, y al mismo tiempo (connubio bastante raro) poeta de gran limpieza; fue además un filósofo dotado todavía de suficiente independencia respecto de las fantasiosas teorías del maestro Ficino, y también un vigilante cortesano y, en la necesidad, fuerte político. Se puede afirmar que, también en Lorenzo, se advierte la conciencia de que la poesía es un hecho importante y no sólo una evasión, un noble refugio, un culto privado y casi secreto —como muchos creen que hay que interpretar su obra, e inclusive la de otros poetas contemporáneos— y que además, una viva participación para el conocimiento de los valores humanos. Su empeño terrestre y espiritual, es visión y análisis de la verdad y, al mismo tiempo, es contemplación de la vanidad de las cosas mundanas. Por lo cual —más allá de los resultados alcanzados por su quehacer poético— se puede entender mejor la simultánea presencia en él de motivos jocosos y sensuales, y de motivos platónicos y religiosos, de la parodia y de la nota edificante "esto solo se presenta en las cosas amorosas, pero aún en las naturales, y comúnmente en todos los casos en que se refieren a los hombres; porqué, en cuanto a las naturales, vemos que todas las cosas que viven en el mundo constan de opuestos y viven por oposición de caracteres, y están compuestas por cosas que, cada una de por sí, ofenden mucho a la naturaleza de dicha cosa ... Sin embargo, diremos, que nuestra vida consta de oposiciones, contrariedades y males diversos, y que la muerte precede a la paz ... En cuanto a las cosas del mundo y de aquello que la más de las veces ocurre a los hombres, está bien manifestado: o ser puro mal sin participación del bien, o bien mezclado con mucho mal. Y aunque no me parezca que esta proposición necesite alguna confirmación cada vez, distinguiendo las acciones humanas en mentales y corporales, creo que es fácil entender que siempre nuestra mente e intelecto tienen sus opositores y enemigos en los sentidos y las pasiones corporales, y que las pasiones y los apetitos corporales siempre encuentran como obstáculo el remordimiento de conciencia, que procede del intelecto. Y además de esto, a menudo, mejor dicho, casi siempre, una pasión es contraria a la otra, y un apetito al otro". Estas palabras, que se leen en el *Comento*, pueden estar apoyadas en una preocupación didáctica que sigue el razonamiento de Ficino; inclusive nos sugieren por qué, en la obra de Lorenzo, se manifiesta, tan a menudo, la duplicidad del sentimiento humano y el alternar de momentos meditativos y elevados con momentos pasionales imbuidos ya con el presentimiento de la desilusión, o de la vanidad del placer. Además, como fue un caracter de su época, se puede advertir



4



5



6

también un melancólico dejo de desconfianza respecto a la virtud humana, el sentido de lo efímero y provisorio de nuestras acciones, el sutil lamento por una vida donde la contemplación ocupe el primer lugar, y el cuidado del propio ánimo sea lo predominante, y no, la actividad práctica, afanosa, tensa, erizada de peligros. Muy diestro para dominar la intriga en la cual se enredaban, los intereses políticos, las ambiciones terrenas, la avidez de oro y las razones de los Estados, Lorenzo aportó, aun en la conducción de la cosa pública, su acento personal de excepción, muy lúcido pero también muy utópico; su acción tendió a una superación de la insidiosa continuidad de las tramas políticas —hechas de violencia, de astucia, de reservas mentales, de desaires repentinos, de afriebrantes cavilaciones— mediante un equilibrio difícil, porque presupone la satisfacción de todos y la subordinación de la férrea razón de Estado a las inmóviles ventajas de la paz. Realismo mercantil y principesco desperjuicio, ambos derivados de la tradición familiar, se unieron en el Lorenzo político con un significado fatigoso —proveniente de su refinada cultura—, con un fastidio, que sin embargo jamás dejó percibir, por la molesta vigilancia sobre las acciones ajenas, y, en fin, con el buscar una política más vasta, que no se perdiese en la crónica del siglo, sino que se elevase hasta la gran historia. Realismo y desperjuicio fácil de encontrar, también, en su obra literaria que, de las manifestaciones populacheras y licenciosas sabía pasar a las formas más aristocráticas de estilo, a idealismos sutiles y pensativos. Por otra parte, no es quizás una casualidad, o solo un modo de elogio, el hecho de que sea precisamente Lorenzo, a quien, en las *Disputationes camaldulenses,* Landino hace pronunciar la defensa de la vida activa, o mejor, la moderación de la vida activa con la contemplativa, como ideal a perseguir: "Cuando consideramos la vida del hombre yo creo que ninguno ha de ser tan escaso de ingenio como para no comprender que no lo consideramos como si su espíritu estuviese separado del cuerpo, o como si su cuerpo estuviese privado de alma. En cambio, así como cuando hablamos de la biga no consideramos solo a uno de los dos caballos que tiran del carro, sino a ambos unidos, análogamente, cuando consideramos al hombre nos los proponemos todo entero, hecho de alma y de cuerpo. Si me concedes esto, yo estoy convencido de que debe preferirse aquel tipo de vida que sirve para hacer perfecto, no a una sola parte, sino a todo el hombre." Palabras, como se ve, que en el *Diálogo primero* de las *Diputaciones* son confiadas a los labios de Lorenzo, casi, justamente, como si solo él pudiese ser, ya desde jovencito, el mejor intérprete de esa templanza, de esa plenitud, de esa capacidad de ser el hombre completo volcado a la vida práctica y, al mismo tiempo, de conformar la propia practicidad con una visión filosófica y moral que la ennoblezca. Pero el Lorenzo de Landino no sería totalmente sincero: su perorata nacería de la invitación a provocar a León Bautista Alberto, su interlocutor en el diálogo, a la exaltación de la vida contemplativa: "Quería decir esto a favor de la vida civil, en esa forma declamatoria en la cual suelo ejercitarme con Landino, más que en filosóficas argumentaciones. Pero todo lo he hecho para que tú declarases tu parecer, en la forma más explícita, a propósito de este parlamento, y no para expresar, precisamente, mi concepto."

Son precisamente estos los elementos que se superponen y se confunden en su acción política y, al mismo tiempo, en su actividad literaria, para dar a la figura histórica de Lorenzo un aspecto fascinante, pero también enigmático, y para dictar el deseo, difícil de satisfacer, de alcanzar finalmente la comprensión de su mundo tan compuesto, y de su esfuerzo por dominarlo y reducirlo a la armonía.

Lorenzo, señor de Florencia

Cuando Lorenzo, siempre en el *Comento,* razona en torno a la dificultad que implican las decisiones, se explaya, sin ninguna duda, con intento de meditación autobiográfica: "Vemos todavía, en las civiles, propias y domésticas acciones, que la dificultad de tomar alguna determinación nace por concurrir, en cada determinación, algún inconveniente, y por no encontrar en mil vueltas, una verdadera decisión, que no se pueda contradecir. Pero aquellos que son más prudentes, tardan más en tomar determinaciones, y por esta tardanza se llaman "hombres graves". Y el tiempo se llama "sapientísimo", porque la sabiduría verdadera consiste en esperar y usar la ocasión; y ésta no sería necesaria, si no fuese por las muchas dificultades que acarrea consigo las necesarias determinaciones".

Estamos entre 1482 y 1484, entre la muerte de Luis XI y el ascenso al trono de Francia de Carlos VIII; entre la paz de Bagnolo y la muerte de Sixto IV; un momento de espera en la convulsionada geografía política de Italia. Lorenzo era ya un hombre que había desde largo tiempo experimentado las dificultades de tomar decisiones, y el continuo dilema entre tardanza y rapidez en las determinaciones. Por otra parte, la paz de Bagnolo, del 8 de agosto de 1484, habría sancionado el triunfo de su acción diplomática, de su prestigio personal y, por lo tanto, de su autoridad.

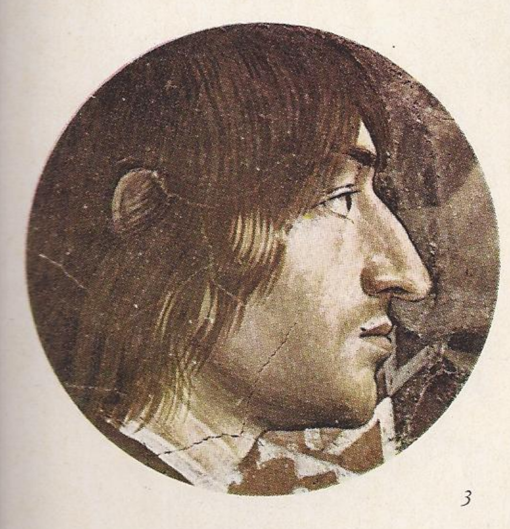
En 1466, a los diecisiete años, salvó a su familia gracias a su rapidez; unida a la prudencia gotosa de su padre Piero, su fresca osadía tuvo pruebas del resurgimiento de los enemigos. El 11 de marzo había llegado a Florencia la noticia de la muerte de Francisco Sforza, duque de Milán; la casa de los Médici perdía con él a un aliado. El equilibrio entre los Estados italianos, que Cosme haba intentado y sostenido, estaba especialmente fundado sobre esta alianza entre la Florencia de los Médici y el ducado milanés. Los enemigos quieren aprovechar esta favorable coyuntura, que arriesgaba poner en crisis todo el sistema de alianzas sobre las que se apoya la seguridad interna del sector de los Médici. El recuerdo de la libertad comunal, el lamento por el perdido predominio de la gran burguesía juegan, en esta coyuntura, un importante papel; y al lado se mueven las ambiciones de Lucas Pitti, de Dietisalvi Neroni, de Agnolo Accaiuoli, de Niccoló Solderini. Cuando Galeazzo María Sforza logra asegurarse la sucesión del padre, Piero le ofrece, según una costumbre ya vieja, su apoyo financiero, y pide que la Señoría apruebe el empréstito de cuarenta mil escudos. Una ayuda, pero también un acto de subordinación; por lo menos así tienden a hacerlo aparecer los adversarios. Para encontrar un apoyo concreto y que amenace a sus adversarios, éstos buscan las armas de otros Estados. A cambio de algo mejor encuentran las de Borso d'Este; en gran secreto, y con las armas escucha el Consejo a este pequeño príncipe, que querría la eliminación de Piero De Médici. Pero el 14 de agosto la Señoría logra obtener una tregua entre las dos fracciones; es un golpe de efecto, no una paz. Los conjurados saben que el tiempo no los favorece y tratan de obrar: Piero está en Careggi, con la mujer y los hijos, y con la gota que lo inmoviliza. Borso d'Este ha mandado a su hermano Hércules, con las tropas, hacia Florencia. Piero ataca entonces, pues ha sido informado por Giovanni Bentivoglio, señor de Bolonia, de los movimientos de d'Este; y puede denunciar como traición a la ciudad, y ya no solo como hostilidad a la propia familia, la conjuración de los burgueses. Las partes se arman, llaman gente: de la campiña circundante llegan siempre numerosos partidarios de los Médici y Lorenzo sale de Careggi, cabalga rápidamente hacia Florencia y encuentra un grupo de guerreros que debería esperar y, por lo tanto, tomar prisionero, a su padre. Con el aire de muchacho ingenuo los engaña, llega a la calle Ancha, abre el palacio y reúne a los fieles dispuestos a todo. La conjuración contra los Médici ha fracasado, la Señoría toma nota. Los adversarios se resignan; Lucas Pitti tendrá un largo coloquio con Piero y su vieja, aunque interrumpida fidelidad a la casa Médici, le permite reencontrar el acuerdo con el sucesor de Cosme. Piero se muestra clemente, quizás demasiado: no quiere castigos mortales, solo algún exilio; inclusive porque la nueva Señoría que tendrá que sentarse en el Palacio Viejo, en setiembre, quién sabe cómo, está toda compuesta por clientes de los Médici. ¿Comprados los *"squitinii"* [electores], liberadas las bolsas que recogen los nombres de los candidatos? Probablemente sí, según la vieja usanza no solo de los Médici, sino también de la oscurecida oligarquía burguesa. Mientras se indica un parlamento, el pueblo es inducido



1



2



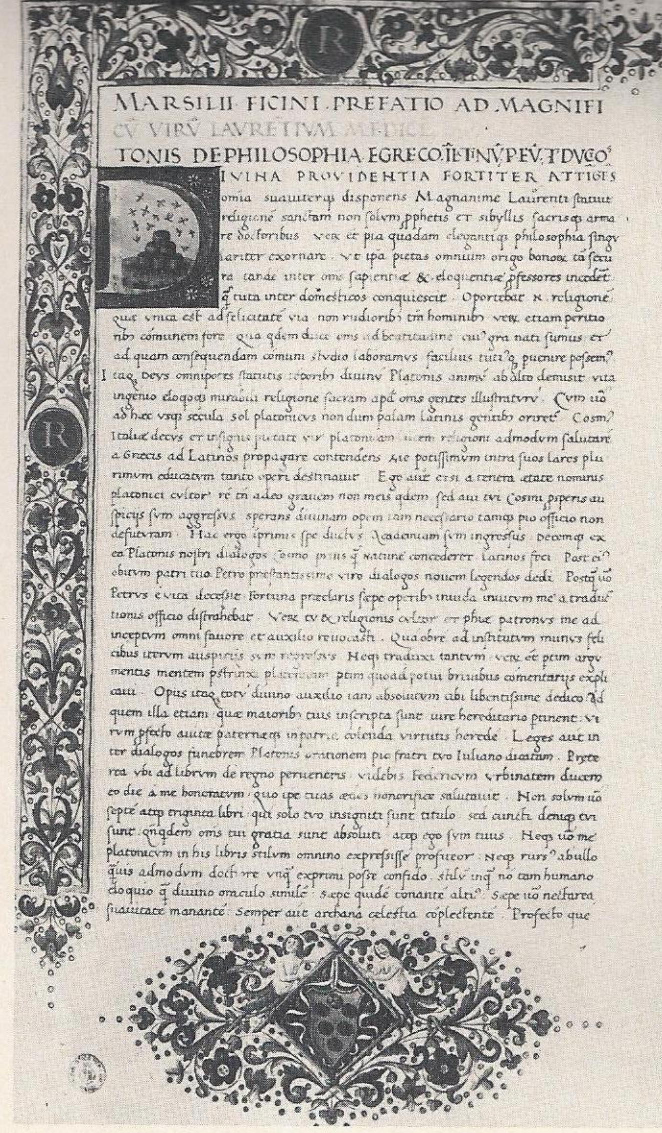
3

1, 2, 3. Mateo Franco, Luigi Pulci y Poliziano. Detalle del fresco del Ghirlandaio en la capilla Sassetti. Florencia. Santa Trinidad.

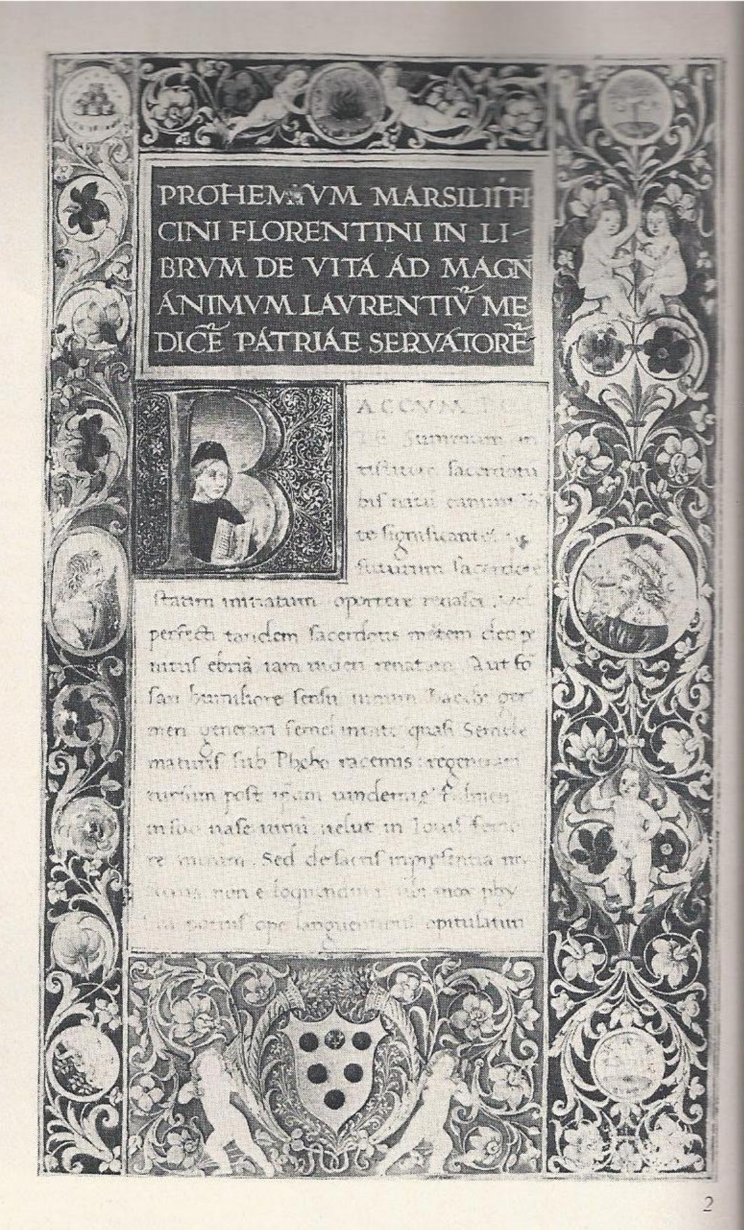
a nombrar una Autoridad que regirá los poderes hasta diciembre. En ella, en representación de su enfermo padre, entra Lorenzo, y junto con él Lucas Pitti, todavía desleal, y otros hombres que pertenecen a uno y otro partido. Los expulsados consiguen inducir a Bartolomé Colleoni, el *condottiero* de Bérgamo, para conducir su ejército; con ayuda de Florencia de los Médici se mueven Galeazzo María Sforza y Alfonso, primogénito de Fernando I de Aragón. Pero fue una guerra de escaramuzas, y en la primavera de 1468 concluye, con una paz bajo la mediación del papa Pablo II, el veneciano Pedro Barbo.

El peligro corrido induce a Piero a reforzar el poder, con un amplio reordenamiento de las instituciones de gobierno ciudadano: el Consejo de los Cien, órgano esencialmente de los Médici, que Cosme había apoyado, vuelve a tener autoridad, los Priores y los "Confaloneros" serán elegidos por una comisión más o menos fija, al poder ejecutivo se le dan cada vez más responsabilidades sin control de la Señoría. Piero, que evidentemente se siente próximo a morir, quiere dejar a los dos jóvenes hijos, Lorenzo y Giuliano, un estado tranquilo y fuerte. Y se preocupa también porque Lorenzo se case, y que se case con una mujer nacida en una familia que pueda significar una eficaz alianza política. En Roma hay una muchachita, Clarice Orsini, que le vendría muy bien, por que proviene de una familia de linaje, poderosa y guerrera, y provista de castillos en el alto Lacio. Aparte de eso, es bonita y sana. Lorenzo, que había seguido haciendo poesías para Lucrecia Donati hasta despertar la malignidad de los conciudadanos, y que no se había prohibido las diversiones convenientes para su edad, se casa con Clarice el 4 de junio de 1469. En julio va a Milán y es padrino del primogénito de Galeazzo María "y para cumplir con nuestro deber donamos a la duquesa con un collar de oro con un grueso diamante, que costó cerca de tres mil ducados. De esto se desprendió que el antedicho señor, ha querido que bautice a todos sus otros hijos". Señor y mercader, e irónico autobiógrafo. En diciembre del mismo 1469 muere Piero, a los cincuenta y un años de edad. "El segundo día después de su muerte, aunque yo, Lorenzo, fuese muy joven, es decir, de veintiún años, vinieron a nuestra casa los principales de la ciudad y del Estado, a darnos las condolencias, y a alentarme para que tomase el cuidado de la ciudad y del Estado, como habían hecho mi abuelo y mi padre; y como estas cosas no correspondían a mi edad y por ser gran cargo y peligro, acepté de mala gana y solo para proteger a nuestros amigos y nuestros bienes, porque en Florencia no se puede ser rico sin el Estado." No hay nada cínico, como se podría pensar, en esta frase. En Florencia no se podía ser una gran familia de mercaderes, no se podía comerciar y tener banca con sedes y agencias en muchas partes de Italia y de Europa, sin estar bien seguros dentro de las murallas de la ciudad. Había sido una vieja y dura ley, amargamente experimentada ya por demasiadas familias. Por otra parte, habría sido difícil y verdaderamente peligroso renunciar al gobierno: también Maquiavelo, que no fue precisamente blando con los Médici, y que en las palabras de Tomás Solderini quiere insinuar sus consideraciones y su aversión contra el principado de los Médici, no puede dejar de considerar como inevitable la designación de Lorenzo: "Era micer Tomás Solderini uno de los primeros ciudadanos del gobierno de Florencia, y muy superior a los otros; su prudencia y autoridad, no solo en Florencia, sino también en todos los otros principados de Italia, eran conocidas. Luego de la muerte de Piero, era observado por toda la ciudad: y muchos ciudadanos lo vitorearon en sus casas como jefe de la ciudad; muchos príncipes le escribieron. Pero él, que era prudente y que conocía perfectamente su fortuna y la de la casa, no contestó las cartas de los príncipes e hizo entender a los ciudadanos cómo, no sus casas, sino las de los Médici debían vitorear. Y para demostrar con los hechos aquello que en la exhortación había demostrado, reunió a todos los principales de las familias nobles en el convento de San Antonio, adonde hizo ir a Lorenzo y a Giuliano de Médici también, y allí disertó con un largo y grave discurso sobre las condiciones de la ciudad, de las de Italia y de las índoles de los príncipes de la misma, y concluyó diciendo que, si querían que en Florencia se pudiese vivir unidos y en paz, y seguros de las divisiones internas o de las guerras externas, era necesario observar y mantener la reputación de aquellos jóvenes y de aquella casa: porque los hombres que hacen las cosas que están acostumbrados a hacer nunca se afligen, mientras que los nuevos, tal como pronto se toman, pronto se dejan; y siempre fue más fácil mantener una potencia que con el correr del tiempo haya apagado la envidia, que crear una nueva, la cual, por muchísimas razones, puede apagarse fácilmente. Luego de Tomás, habló Lorenzo, con tanta gravedad y modestia a pesar de su juventud, que a todos dio esperanza de ser aquello que con el tiempo sería. Y antes de partir de ese lugar, los ciudadanos aquellos juraron tomarlos como hijos y ellos como padres. Llegados, pues, a esta conclusión, Lorenzo y Giuliano fueron honrados como príncipes; y aquéllos del consejo de micer Tomás no se apartaron".

Es cierto que inmediatamente después, Maquiavelo sintió la necesidad de pintar un cuadro tenebroso de las costumbres ciudadanas; en efecto, según el historiador, los florentinos, regresando a su habitual y festivo modo de vivir, pensaron gozar de la estabilidad y la firmeza del Estado: "De aquí nacen en la ciudad aquellos males que suelen generarse, las más de las veces, en la paz, porque los jóvenes, más sueltos que lo acostumbrado en vestir, en convites, y en



1



2

1. Los Diálogos *de* Platón *traducidos al latín por Marsilio Ficino y dedicados a Lorenzo el Magnífico. Manuscrito miniado por Attavante. Florencia. Biblioteca Laurenziana.*

2. De triplici Vita, *de Marsilio Ficino dedicado a Lorenzo. Escrito en Careggi en 1489 y miniado por Attavante con el retrato de Ficino en la inicial. Florencia. Biblioteca Laurenziana.*

3. Marsilio Ficino, de Andrea di Piero Ferrucci. Florencia. Catedral.



3

otras similares lascivias, gastaban sobremanera, y estando ociosos, en juegos y en mujeres consumían el tiempo y los bienes". Podemos decir que aquí se lee una de las tantas acusaciones de corrupción dirigidas a la casa de los Médici y, en especial modo a Lorenzo; esa misma acusación que inclusive los historiadores de la época del "risorgimento" presentaron con desdén. Pero el régimen laurenciano no fue más corruptor que los otros, y aunque Maquiavelo mismo, y luego Guicciardini, se preocuparon por subrayar que el mismo príncipe estaba sujeto a las pasiones de los sentidos, la cosa no debe sorprender demasiado. Era costumbre que los grandes señores viviesen una vida que estaba más allá de las restricciones comunes, de las trabas provocadas por las pequeñas necesidades cotidianas. Por otra parte, se sabe por la vida privada de Lorenzo, que fue un marido compenetrado de la importancia de la familia, que entre él y Clarice nunca hubo una desavenencia profunda, sino en cambio, estima y afecto recíprocos; y solo se habla, con muchas suposiciones y pocas seguridades, de un posible pasaje del amor platónico por Lucrecia Donati a un amor más concreto, de efímeros encuentros con las bellas campesinas del Mugello y de una larga relación con Bartolomea Benci —mujer, parece, de trato sutil y carácter alegre—. Y si Lorenzo fue delgado en su juventud y hasta su madurez, no fue robusto —aun ágil y esbelto— era débil de salud, golpeado también por el mal de la familia, la uremia, por disturbios estomacales y, como todos los grandes ricos, asediado por las comidas demasiado sustanciosas, que hacía inútilmente, lejos de su natural frugalidad. Y era feo; de una fealdad distinta a la de Cosme, que era, si lo hubo, hombre de cara burda y plebeya, y distinta de aquella fealdad enfermiza de Piero. Había heredado de la madre, Lucrecia Tornabuoni, el defecto de la nariz encarnada y absolutamente privada de olfato; parece que era miope, tenía la mandíbula demasiado fuerte, la voz estridente. No hubo pintor que lograse idealizar su cara; más bien le dieron un sentido de gravedad, de inteligencia, de controlada energía y de secreta melancolía, tal como, indudablemente, debía emanar.

Por lo que comprendemos, Lorenzo no se entregó a los placeres y a los ocios luego de tomar el poder; ni se lo podía permitir. En 1470 continuó con la transformación de los estatutos ciudadanos; hizo elegir una autoridad que tuvo el deber de pulir el Consejo de los Cien de todos los miembros desleales, y al cual se autorizó a aprobar todas las deliberaciones que antes, mediante complicados procedimientos, se sometían a los Consejos del pueblo y de la Señoría.

Entre tanto había guerra en Romagna, por obra de Roberto Malatesta, *condottiero* del Papa, quien había conseguido hacerse señor absoluto de Rímini. Pablo II pedía la ayuda de Florencia contra el rebelde, protestaba por el sostén que le habían dado los Médici, pero Lorenzo temía la prepotencia del Estado de la Iglesia y la presión de Venecia desde la línea del Po hacia la Romagna. Por lo cual, desde aquellos años, comenzó a urdir una alianza entre el ducado milanés, la república florentina y el reino napolitano, que luego será el objetivo fundamental de toda su política. En 1471 recibió con gran pompa, en Florencia, a Galeazzo María Sforza, durante la cuaresma; fue pretexto de escándalo entre los contrarios a los Médici y también en Maquiavelo, "aquella corte suya, sin respeto de la Iglesia ni de Dios, ¡sólo de carne se alimentaba!".
También en 1471 ocurre la sangrienta represión de la revolución de Volterra. Una cantera de alumbre había sido descubierta en el condado de Volterra y la Comuna había otorgado el aprovechamiento del filón a un grupo de florentinos asociados. Pero la mina parece que se reveló más rica de lo que se había pensado, y capaz de poner en peligro el monopolio del mineral, trabajosamente controlado por los Médici y por sus clientes, con los contratos gravosamente concedidos por la Iglesia en las canteras de Tolfa. El alumbre, mineral constituido por un bisulfato de aluminio y potasio, era muy útil para el uso que de él se hacía en curtiembre y tinturas: dos industrias sobre las que se apoyaba la riqueza de Florencia. Los de Volterra retiraron la concesión, los contratistas protestaron a la comuna local y al *podestá* florentino; pero a la protesta, los de Volterra contestaron con la violencia y luego con la abierta rebelión. Lorenzo decidió tomar una rápida y admonitoria acción: ordenó el sitio y cuando llegó la rendición, el ejército florentino, sin respetar los pactos, saqueó la ciudad. Tal vez, en esta última acción no hubo ninguna responsabilidad por parte de Lorenzo, y por otra parte, aquello que interesa del caso de Volterra, es la decisión del joven regente florentino de no permitir resquebrajaduras en la estructura del Estado que se estaba formando, en la defensa de las fronteras, o en la precaución con respeto a los exiliados siempre dispuestos a intrigar a las ciudades sometidas y a las limítrofes. Asegurar los límites, garantizar las vías de tránsito, era, en efecto, vital para cualquier Estado y, en particular, para Florencia, ciudad de mercancías. A la muerte de Pablo II subió al trono pontificio Sixto IV, de la familia della Rovere. Este largo papado —que duró hasta 1484, es decir, 13 años— será para Lorenzo una dolorosa espina. En general, Florencia, durante los primeros años del principado laurenciano, vivía en paz, rica, de fiesta. El ascenso de Sixto IV exasperó aún más la tensión existente entre los dos Estados colindantes, y el "sobrinismo" de della Rovere (que había nombrado cardenales a Piero Riario, de veinticinco años, y a Giuliani della Rovere, de veintiocho, y de otro sobrino, Girolamo Riario, había hecho su pupilo, destinado a fundar un nuevo Estado para la familia), chocó pronto con los intereses deFlorencia.

La Nencia de Barberino
Entre tanto, se podía considerar concluida la primera fase de la actividad literaria del Magnífico, puesta todavía vajo la influencia de su más viejo amigo, Pulci. A la lírica de impronta petrarquista que había sido dedicada a la belleza de Lucrecia Donati, había acompañado las octavas de *Nencia de Barberino*, en las cuales, el pastor de Mugella Vallera, canta el elogio de su amada Vicenza, o Nencia:

No vi jamás doncella tan honesta
ni tan sabiamente advertida:
no vi jamás la más bel'a cabeza
ni tan luciente, ni tan bien formada;
con esas cejas que parece una fiesta
cuando las levanta, e'la me mira:
entre medio de ellas tiene nariz tan bella
que parece agujereada con buril.

Es un poemita rústico, apenas de veinte estancias, en la enseñanza más auténtica, y luego de la divertida lista de las bellezas de Nencia, cantadas fuera del ambiente campestre, se desarrolla el ambiente en torno a Vallera; se dirige casi inadvertidamente a Nencia:

Cuando te vi salir de la cabaña
con el perro delante y con las ovejitas,
se me recreó el corazón por más que de un [palmo,
y las lágrimas cayeron una a una;
y luego me persiguió con una caña
detrás de mis becerros y terneros,
y los guié delante, senda adentro
para esperarte, y tú volviste a entrar.

Al final le propone hacerle regalos, pues el sábado tendrá que ir a Florencia a vender dos cargas de pajillas para hacer canastos: podría comprarle un paquetito de "afeite", es decir, de "colorete", o alfileres o agujas, un collarcito de botones rojos, un cinturón, un lazo; pero ahora tiene que irse, la manada se arriesga a quedarse sin pastura, y ya llama a su patrona. *La Nencia de Barberino* es un canto breve, pero es en sí algo alegre, mesurado, vivaz, con una feliz interpretación de la psicología del campesino. No es exactamente una sátira anticampesina, al contrario, es una cordial mirada dirigida por un poeta refinado hacia el simple mundo de los campesinos; y es también un entretenimiento, por ese sabor que la lengua toma de lo vernáculo y que agolpa en los versos.

La Caza
A este período debería pertenecer también *La Caccia col falcone* [La caza con halcón] y la *Uccellagione di starne* [La caza de los pájaros], otra jocosa composición en octavas, en las cuales Lorenzo describe una escena de caza. Parece que fue compuesta de una tirada, y si no figura entre sus me-



1



2

jores creaciones, tiene momentos de singular intensidad, sobre todo al comienzo, en la contemplación de la primera mañana. En la *Uccellagione*, por lo demás, se puede recoger, más que en las poquísimas cartas que han quedado de Lorenzo a sus amigos, el goce festivo de la pandilla que se reunía, para reposo y deleite, en las villas de los Médici, en la campiña; Lorenzo nombra a Guillermo de' Pazzi, el marido de su hermana Blanca, cuando todavía no lo cubría la sombra sangrienta de la conjuración, a Francesco Sanseverino, hijo del *condottiero* Roberto, Dionigio Pulci, Segismundo della Stufa, Simón Tornabuoni, Braccio Martelli, Luigi Pulci.

Luigi Pulci, ¿dónde está, que no se lo siente?
Él se fue hace poco al bosquecito aquel,
pues tiene alguna fantasía por su mente:
querrá fantasear quizás un soneto

y aún a Giovanni Portinari, Foglia Amieri y otros. Aquí gusta la vivacidad de los diálogos, la velocidad de las escenas de caza, y si es cierto que Lorenzo sigue una antigua tradición de "cazas poéticas", dicha tradición se renueva, casi inconscientemente, con la verdad que subyace bajo la broma. Eran poesías para ser leídas en el círculo de los amigos, indudablemente, como ocurría con tantos sonetos de Pulci, con la *Beca di Dicomano* [El pico de o La Guardia de Dicomano] que fue compuesta en competencia con *Nencia*. Del mismo período es, quizá, la única novela completa que nos ha quedado del Magnífico, *Giacoppe* [Santiago] (la otra es *Ginevra*); novela al estilo de Boccaccio, producto de imitación, en la cual algunos críticos han querido ver una anticipación del fray Timoteo de *La Mandrágora* de Maquiavelo, en la figura de un corrupto confesor.

Después de 1470, en la época en que Lorenzo pasa a ser el señor de la ciudad, la influencia de la risueña vena de Pulci empalidece y, en cambio, se pronuncia la influencia de Ficino. A fines de 1473 pertenecería, en efecto, la *Altercazione* [la Contienda], en seis capítulos, en tercetos; en ella Lorenzo retoma el pensamiento que Marsilio Ficino había desarrollado en la epístola latina *De Felicitate*, afirmando la primacía de la voluntad sobre el intelecto. Un argumento serio, que no permite a su autor alcanzar resultados poéticos, y que es más bien, una aproximación literaria digna, en torno a un problema que era profundamente sentido en la filosofía contemporánea.

La conjuración de los Pazzi

El año anterior, 1472, Lorenzo había hecho reabrir el *Estudio* de Pisa, también con el motivo de ayudar, con la afluencia de alumnos a aquella Universidad, a la ciudad que languidecía sometida. Un acto de protección de la cultura, más que político. En

1473 comienzan las escaramuzas del litigio con Sixto IV. El duque de Milán toma posesión de Imola, ciudad que abre el camino desde el norte a la llanura de Romagna y desde ésta a los pasos apeninos que llevan a Toscana. Lorenzo trata de conquistarla para el Estado con una fuerte suma, pero Sixto IV ya la ha destinado a su sobrino Girolamo y busca dinero. Lorenzo ruega a los Pazzi, depositarios de la tesorería pontificia, que no subvencionen a la curia romana, pero la banca no obedece; al contrario, además de poner a disposición del Papa su dinero, denuncian a través de Francesco Pazzi, íntimo de Girolamo Riario, en Roma, el intento de Lorenzo. Guicciardini, que nunca es blando al tratar a los Médici, comenta en sus *Historias florentinas*: "Lorenzo se sintió muy dolido por lo de los Pazzi, los acusó de que por su obra la ciudad no hubiese conseguido Imola". De este hecho nació la enemistad entre las dos familias; Lorenzo trató de destruir la riqueza de los Pazzi, y éstos, cada vez más fuertemente aliados con la familia papal, pasarán a ser, de allí a pocos años, los instrumentos de la venganza de Sixto IV. Dicha venganza no derivó sólo por la particular cuestión de Imola, sino de toda la situación política que se había ido creando en Italia, por la que aparecía, siempre con mayor claridad, una división hostil: por un lado el Estado de la Iglesia y el rey de Nápoles, por otro, el ducado de Milán, Florencia y, junto con ellos, Venecia. El 14 de octubre de 1474 el Papa nombró, sin consultar a Lorenzo, como arzobispo de Pisa a Francisco Salviati, enemigo de la familia Médici. Florencia consideró este acto como un signo de ultraje; la Iglesia consideró ultrajante la resistencia florentina al nombramiento de Salviati: los Pazzi, cada vez más irritados con los Médici por las persecuciones de Lorenzo, se dejaban mimar por Sixto IV. En la vigilia de Navidad de 1476, el duque Galeazzo María Sforza fue asesinado durante un rito religioso, en la *colegiata* de San Esteban, en Milán. Fue un duro golpe para Lorenzo, quien continuaba basando parte de su fuerza en la alianza con el duque. Sólo el niño Gian Galeazzo podía suceder al muerto, pero su tío Ludovivo el Moro ya se aprestaba a regir él el ducado. Quizá, la inseguridad de la alianza milanesa indujo a Lorenzo a aceptar, finalmente, en 1477 el nombramiento de Salviati. Pero era demasiado tarde para detener la conjuración que se urdía contra él por parte de los Pazzi, favorecidos, indudablemente, por los ambientes políticos de la Curia romana. Con la excusa de una guerra en Romagna, el Estado de la Iglesia venía acumulando tropas a lo largo de las fronteras toscanas, y también el rey de Nápoles había dado su contribución a esta acción, en la cual se adscribía inclusive la república de Siena. Los Pazzi, dice Maquiavelo, "eran entonces, por riqueza y nobleza, los más espléndidos con respecto a las otras familias florentinas El jefe de ellos era micer Jacobo, quien había sido hecho caballero por los burgueses, debido a sus riquezas y nobleza. No tenía más hijos que una hijita natural; tenía muchos sobrinos, nacidos de micer Piero y Antonio, sus hermanos; los primeros de los cuales eran Guillermo, Francisco, Renato, Juan y junto a ellos, Andrea, Nicolás y Galeotto".

"En la primavera de 1478 la conjuración está, por fin, lista: Francesco dei Pazzi y Girolamo Riario piensan que ha llegado el momento y que el Papa y el rey de Nápoles no pueden sino aprobar el proyecto. Se trata de entrar a Florencia con un cierto número de hombres armados, sin levantar muchas sospechas. Un jovencito, Rafael Sansoni, sobrino de Girolamo Riario —por ser hijo de su hermana— volvía a Roma luego de haber cumplido sus estudios canónicos en Pisa, y ya había sido investido con la púrpura cardenalicia; por lo tanto, tenía su séquito, y a su lado iba el *condottiero* Juan Bautista de Montesecco, con treinta ballesteros, muchos más peruginos desterrados, amigos de los Pazzi. Se pensó invitar a un banquete con el inocente cardenal a los dos Médici, Lorenzo y Giuliano; pero Giuliano dijo que no podía asistir. Se pensó entonces asesinar a los dos hermanos el domingo 26 de abril, durante la ceremonia religiosa en Santa Reparata, es decir, en Santa María de la Flor. En el *Ite missa est* los conjurados hubieran debido arrojarse sobre los dos hermanos. Debía oficiar el arzobispo Salviati, pero Salviati se aleja de la iglesia con la excusa de ir a honrar a Lucrecia Tornabuoni, mientras, de hecho, irá a controlar el palacio de la Señoría. A la señal convenida, en medio de la muchedumbre asombrada por la excepcional ceremonia celebrada en presencia de un cardenal, Francesco de' Pazzi y Bernardo Bandini se tiran sobre sobre Giuliano, el más joven, el más fuerte, gran cazador y hombre de armas; pero ellos también son hombres de acción y sus puñales golpean justo: en el pecho y en el flanco y luego en otras partes. Para asesinar a Lorenzo habían sido designados un escritor apostólico, Antonio Maffei, y un cura, Esteban de Bagnone, pero éstos se equivocan, lo hieren sólo con un rasguño a la altura del occipital o en la garganta (no se sabe bien). Junto a Lorenzo está el joven Agnolo Poliziano que lo ayuda en seguida; vuelan las capas, el desorden y el grito se levantan. Lorenzo es empujado por Poliziano hasta la sacristía de la iglesia, con otros leales. Bernardo Bandini tratará inútilmente de descubrirlo. La conjuración ha fracasado. Pero en el palacio está Salviati, está el pueblo a quien hay que despertar a la libertad, están los partidarios de los Pazzi, los nostálgicos del antiguo régimen. ¿Se moverán? Pronto se entiende que el pueblo no se mueve, al contrario, que la pequeña burguesía está a favor de los Médici y en cuanto conoce lo ocurrido se lanza por las calles al grito de "¡Balas, balas!", refiriéndose a las figuras que tiene el escudo de armas de la familia Médici. Poliziano

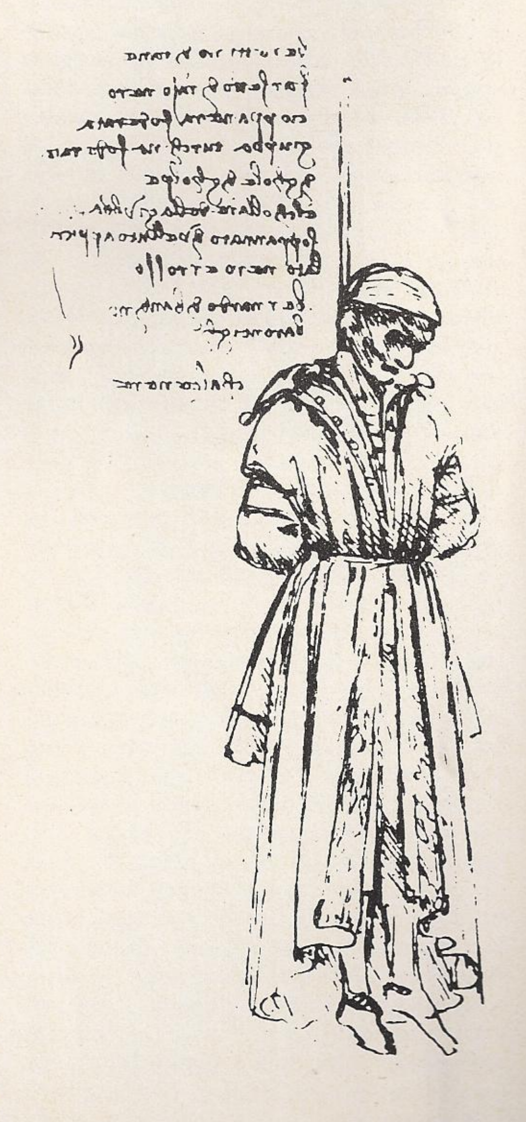
1. Plaza del Duomo, con una procesión. Florencia. Palacio Viejo. (Alinari).

2. Retrato de Giuliano de Médici, de Botticelli. Berlín. Kaiser Friedrich Museum.

3. Bernardo Landino Baroncelli, el asesino de Giuliano, ahorcado el 28 de diciembre de 1479. Dibujo de Leonardo. Colección Bonnat.

En la página siguiente:

Vasos de los Médici en piedras duras, con pies de plata dorada, con el nombre de Lorenzo. Florencia. Museo de la Plata. Palacio Pitti.





3

calva al pobre cardenalito Sansoni Riario, que se había escondido en un rincón de la iglesia; luego acompaña a Lorenzo, afligido por la muerte de su hermano, a las casas de la calle Ancha, hacia la cual concurren ya escuadrillas armadas en socorro.
Salviati está en el Palacio Viejo, en compañía de gente de confianza; se hace recibir por el *confalonero* César Petrucci, que estaba por comer. La hora insólita, "las palabras quebradas y dudosas" y la alteración del rostro del arzobispo hicieron sospechar a Petrucci, quen toma a un primer conjurado, el hijo de Poggio Bracciolini, y pide socorro. Escuderos, priores, la guardia, se defienden del asalto interno y externo contra ellos, mientras Jacobo de' Pazzi llega a la plaza con los suyos. Pero el pueblo volvía ya de la calle Ancha y estaba inflamado por un breve y conmovido discurso de Lorenzo. Desde una puertecita no custodiada por los conjurados se precipita a los pasillos, a las salas, hace estragos de quien se le opone, arroja los cuerpos despedazados por las ventanas. En las casas de los Pazzi, toman a Francisco de' Pazzi, lo arrastran desnudo hasta el Palacio y, junto con Salviati lo ahorcan en una columna. Los estragos continuarán durante algunos días. Jacobo de' Pazzi, que ha huido a los Apeninos, es conducido de vuelta a la ciudad; lo ahorcan junto con el inocente Renato y su cuerpo, luego de habersido sepultado "aún es arrancado, y con la cuerda con la que había sido muerto, fue arrastrado desnudo por toda la ciudad, y luego, por los mismos que lo habían arrastrado, fue arrojado al río Arno, que entonces estaba crecido y tenía sus aguas altísimas. Ejemplo verdaderamente grande del destino, es ver a un hombre de tantas riquezas y que había sido tan feliz, caer en tal desgracia, con tanta ruina y con tal vilipendio".

Política y distracciones literarias
Los años que hasta aquí hemos narrado, podrían parecer particularmente cruciales en la vida de Lorenzo. Y sin embargo, no fueron los más peligrosos o, por lo menos, sólo fueron años naturalmente colmados por mil preocupaciones, como presuponen los cuidados del gobierno y los tiempos continuamente inquietos. Actualmente nos parecen terribles, por una distinta visión de la vida política y por un ritmo diferente en el transcurrir del tiempo. Cuando se sostiene que el ritmo de nuestra vida es tan asfixiante se olvida de lo que debía ser el de aquellos hombres, empeñados en la vida política y mercantil de los siglos pasados, por lo menos en lo que respecta al siglo xv. Aquel continuo e incesante cambio de alianzas, aquel sentido de lo provisorio que alentaba en torno de cada autoridad, facilmente asediable por las tramas diplomáticas, por los puñales, por los venenos, por la muerte que, en aquellos tiempos, corría más rápida a sacar del medio a los hombres, o a asegurárselos, también, con enfermedades que la ciencia, o no sabía curar o sólo sabía



mantener crónicas. Esos cambios, ese estado provisorio, también giraban en torno de Lorenzo. Y el Magnífico también, como tantos otros hombres inteligentes, trataba de anular lo efímero y a hacer eterno o duradero el tránsito. En aquellos años, antes de 1478, se había rodeado de hombres doctos e iluminados, y se había dedicado a la poesía; había escrito los primeros cinco capítulos de los siete que integran sus escritos religiosos, había escrito el *Simposio* o bien *Los borrachos*, poema burlesco en nueve capítulos. Poesía nacida, según dicen los biógrafos y él mismo, en el comienzo, por un hecho ocasional. Volviendo un día de la villa de Careggi a la ciudad, después de un poco de reposo, se encontró de pronto con un grupo de ciudadanos borrachos y se le ocurrió cantar su alegre vicio. También este pequeño poema se inscribe en una tradición, y también se destaca por la veracidad que contiene, por la impresión de que no se trata de una diversión fría, sino de un juego superior de la inteligencia inflamado por el placer de vivir, por el deseo de festejar, parodiando a los más grandes poetas (se alude a menudo a los *Triunfos* de Petrarca y a la *Comedia* de Dante), un aspecto de la vida, cualquiera sea. Es un poema burlesco, es decir, satírico, pero es también un poemita civil, porque en él se perfila una ciudadanía culta en algunas de sus estrofas; algunos ríen y ponen rimas a los otros; mientras tanto, se eleva un sentido concreto de cordial confraternidad.

En la época en que cada fronda deja el verde
y toma otro color, y se blanquean todos
los árboles, y luego cada uno su follaje pierde;

y el campesino que con sus actos feos y burdos,
espera la coronación del largo afán,
de sus trabajos ve sin embargo el fruto,

y calcula, si el pasado año
ha sido tal que esperanzas le dé
de ser feliz o de futuro daño;

y a Baco por las villas y en cada senda,
se lo ve en torno andar (con cuya ayuda
quiero darle esta obra como ofrenda);

habiendo estado fuera de mi tierra
algunos días, como fueron, por reposo,
y regresando de donde yo había ido,

para hacer el camino más derecho y corto
(pues creo que siempre fue suma prudencia,
poder marchar derecho y esquivar el error),

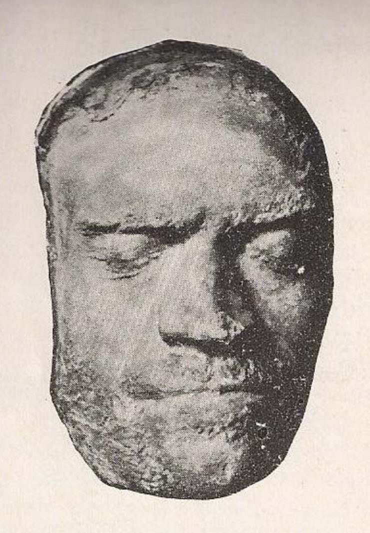
regresaba yo hacia mi Florencia,
para volver a ver a mi amada ciudad,
por la senda que lleva a la puerta de Faenza;

cuando encontré las calles tan holladas
por tanta gente, que no estoy muy seguro
de poder contar bien la cantidad.

La filosofía neoplatónica de Ficino había aportado, en verdad, más de cuanto tuviese detrás la poesía del *stil novo* y Lorenzo, aproximadamente desde 1476, había empezado a sentir la fascinación de aquella delicada lírica amorosa; por aquellos años, en efecto, se entregó a escribir sonetos según el renovado modelo. Y justamente en 1476, le mandó a Federico de Aragón —hijo del rey Ferdinando de Nápoles— una rica colección de textos de antiguos poetas italianos en lengua vulgar —que Federico le había pedido— acompañándola con una carta que escribió Poliziano. Lorenzo, el joven poeta y filólogo y Landino, habían trabajado juntos para ordenar la dispersa documentación y para convenir las líneas de la epístola introductoria. Un trabajo concluido entre 1475 y 1476, quizás cuando Lorenzo creyera tener fundadas esperanzas de poder contemporizar las cargas públicas con los estudios privados.

Guerra en Italia

Después de 1478, luego de la conjuración de los Pazzi, debe abandonar esa ilusión. Sólo en los años cercanos a su muerte lo fascinará el sueño de retirarse absolutamente del gobierno y dedicarse, en la quietud de la campaña, junto con el joven Pico della Mirándola y de Poliziano, a sus ocios predilectos, el ejercicio de la poesía y la meditación filosófica. Pero ahora tiene que concluir la venganza por el asesinato de su amadísimo hermano Giuliano y, sobre todo, tiene que defenderse de las iras de Sixto IV. Durante todo mayo, inclusive, continuaron las ejecuciones en Florencia, mientras el primero de junio, el Papa, con el pretexto de que había sido ahorcado un arzobispo y que tardaban en consignarle al cardenal Sansoni Riario, excomulgaba a Lorenzo y, luego de veinte días, lanzaba la interdicción contra la ciudad. Mientras tanto, las fuerzas coligadas, en espera del feliz resultado de la conjuración, estaban todavía en armas. Si la conjuración tuvo un balance positivo, éste fue el de demostrar que la casa de los Médici ya estaba verdaderamente identificada con el estado florentino; la victoria de los Pazzi, en efecto, hubiese significado la servidumbre de la ciudad con respecto a la Iglesia. Y fue mérito de Lorenzo el haber obtenido este resultado, ampliamente reconocido por tantos jefes políticos como, por ejemplo, Luis XI de Francia. Pero esto es la guerra; una larga guerra deseada por el Papa, que había arrastrado también a Fernando de Aragón, rey de Nápoles, a Siena y Urbino. Un férreo cinturón en torno a las ricas pero inermes tierras toscanas, regidas por un príncipe que es un ciudadano privado, que no es guerrero, pero que, en cambio, es un hábil diplomático, tanto, como para organizar una contraofensiva de tipo psicológico, favorecida también por la brutalidad de Sixto IV. Las fuerzas florentinas, aunque respaldadas por las milanesas y las venecianas, están a merced de las tropas de Federico d'Urbino y de Alfonso de Calabria. La llegada de Hércules d'Este, útil para unificar las divididas fuerzas de la liga, no ayuda demasiado. Florencia ya está prácticamente rodeada por los enemigos. También fracasan las tentativas de Lorenzo por hacer reunir un Concilio para destituir a Sixto IV. Es cierto que Luis XI sigue presionando a la Curia romana en favor de sus amigos los Médici, pero hace falta otra cosa. Sixto quiere la sumisión de Florencia, quiere hacer echar a Lorenzo con acusación de tiranía, y Fernando lo acompaña en estos inaceptables reclamos. Ya estamos en diciembre de 1479. Lo único que puede aliviar un poco la sed de revancha de Lorenzo, es la entrega de Bernardo Bandini por parte del Sultán. El 29 de diciembre Bandini es ahorcado en Florencia. Pero Lorenzo no está. Después de haber meditado largamente, después de haber visto languidecer al pueblo florentino, durante el verano, entre la peste, con los enemigos en la puerta, después de haber considerado que las vicisitudes de los hechos bélicos nunca hubiesen contribuido al bien del Estado, Lorenzo había tomado por sí mismo una decisión muy seria: ir a Nápoles para hablar con Fernando y convencerlo a establecer la paz. Una decisión que, además, había sido preparada por tratativas secretas, por intentos de mediación de Luis XI, por mensajes e intercambio de hombres autorizados. Con todo, era una decisión peligrosa, porque significaba ponerse en las manos del enemigo, ponerse a su merced, arriesgarse a ser apresado, ajusticiado, remitido al Papa, quien lo habría hecho morir por engaño, con apariencia de accidente. Guicciardini consideró que esta acción no era digna de un consumado político: "El viaje a Nápoles se consideró una determinación demasiado animosa y apresurada, por haberse puesto en manos de un rey muy inquieto, muy desleal, y muy enemigo suyo; y aunque la necesidad de obtener la paz, en la que estaban él y la ciudad, lo disculpe, también se opinó que hubiese podido conseguirla desde Florencia, con mayor seguridad y con no menores ventajas". Fue la decisión de un hombre genial y de un hombre de coraje; significa exactamente quemar las naves en el desembarco. Y en Livorno, Lorenzo se embarcó en una galera napolitana, luego que sus florentinos le dieron el título de embajador: única arma con la que podía defenderse. La llegada a Nápoles tuvo lugar con muchos honores. Lorenzo habló largamente con Fernando; había intuido bien que el rey, inteligente y astuto, habría comprendido el error de una guerra en la que solo sacaba ventajas su aliado, y que de cualquier modo era más útil para él y para su reino hacer la paz con Florencia. Porque el papado era un aliado demasiado poderoso, al que había que frenar, no que favorecer; y el acuerdo con Florencia contribuía a refrenarlo. Un acuerdo con la Florencia de los Médici antes que con una Florencia en la



1



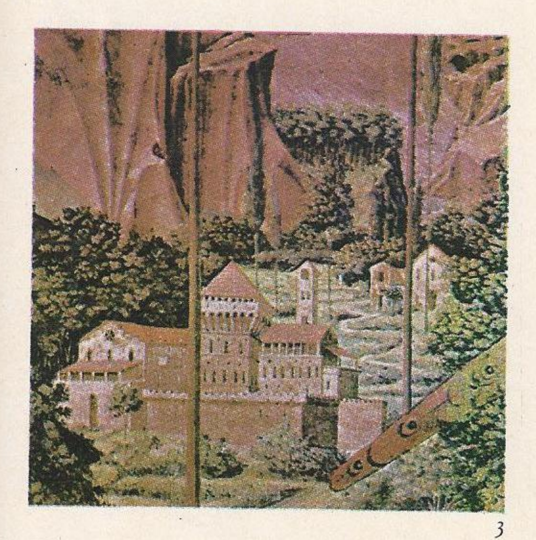
2

1. *Máscara mortuoria de Lorenzo. Florencia. Museo de los Médici.*

2. *Retrato de Girolamo Savonarola, de Fray Bartolomé. Florencia. San Marco.*

3. *La villa de Careggi. Detalle del fresco de Benozzo Gozzoli. Florencia. Palacio Riccardi.*

4. *El* Cancionero, *de Lorenzo el Magnífico Página miniada, con el retrato de Lorenzo en un redondel. Florencia. Biblioteca Nacional Central.*



3

que prevaleciera el sector güelfo, aquel que se llama republicano y que, con la conjuración de los Pazzi, había demostrado una vez más su debilidad interna y, al mismo tiempo, su inevitable abdicación a manos del pontífice. Fernando se convenció; Sixto IV gritó por la traición y, en abril de 1480, al mes de haber regresado Lorenzo a Florencia, concluyó una liga con Venecia. Pero ya el Magnífico había echado las bases de su futura política. Estas bases residían, fundamentalmente, en su inteligencia, en su superior visión de los hechos históricos y en su debilidad de príncipe incapaz por las armas, por lo que sólo quería buscar la paz, si no una paz estable, por lo menos el equilibrio y, junto a éste, el interés de los Estados que fragmentaban a Italia. Lorenzo, en efecto, con su viaje a Nápoles, había echado las bases de una triple alianza entre Florencia, Milán y Nápoles, la que será el engranaje sobre el que se apoyará toda su política, y que regirá hasta 1492.

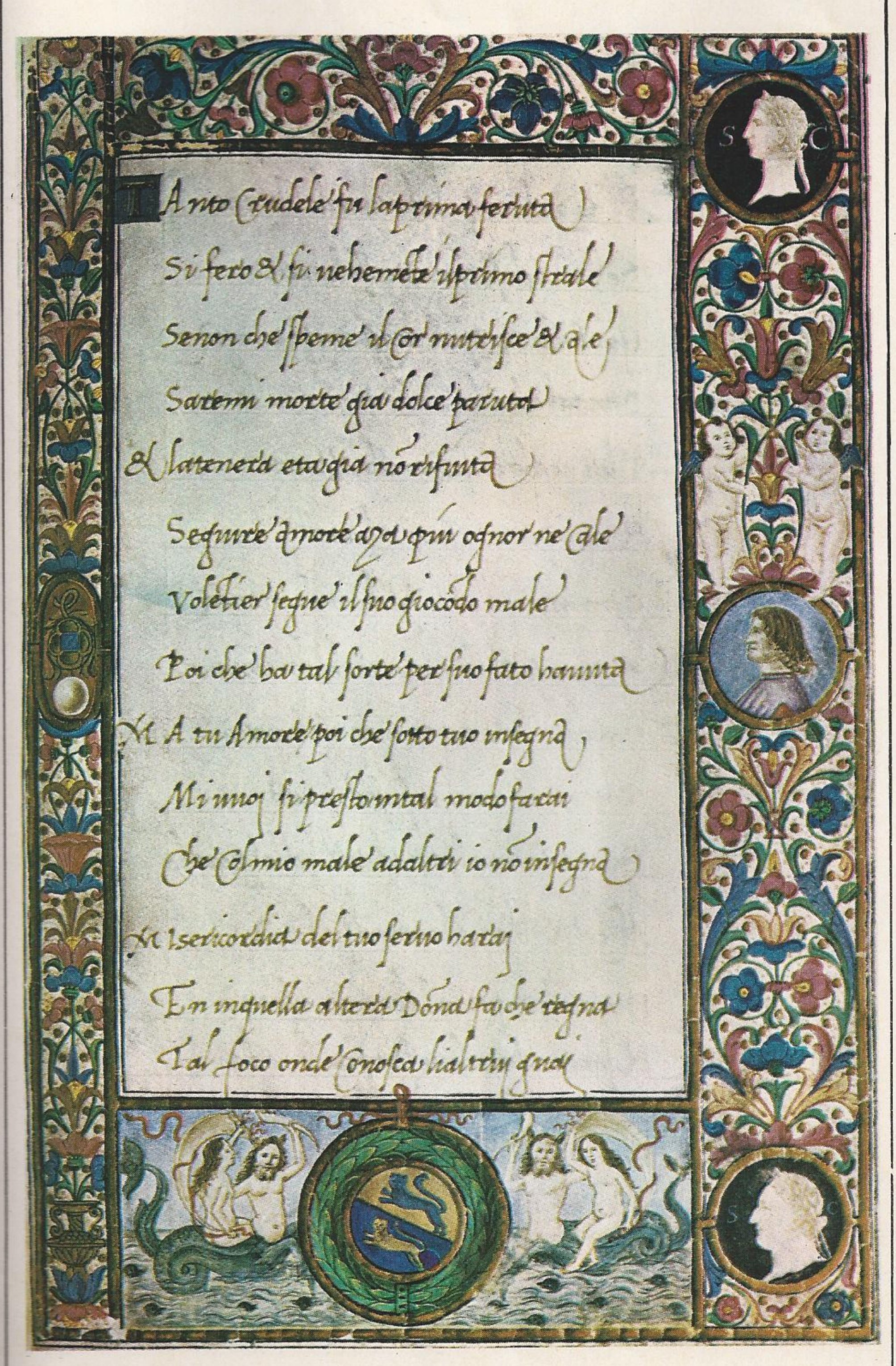
En marzo de 1482 murió Lucrecia Tornabuoni. "La razón por la cual –escribe Lorenzo a Hércules d'Este– me encuentro peor de lo que se pueda pensar: porque además de haber perdido a la madre, lo que de solo pensarlo me hace estallar el corazón, también he perdido un instrumento que me quitaba muchas fatigas". Las mujeres de la casa, en la vida todavía simple de la familia, permanecían como preciosas amas de llaves, y Lucrecia y Clarice educaban a los hijos de Lorenzo: Lucrecia, Piero (nacido en 1471 e infeliz sucesor del padre), Giovanni (nacido en 1475, y que luego será cardenal en 1492 y Papa, con el nombre de León X, en 1513), Magdalena (casada en 1488 con Franceschette Cibe, hijo de Inocencia VIII), Luisa, que murió aún niña en 1488. En 1478 también había ingresado a la casa el huérfano de Giuliano, nacido de una secreta relación con una muchacha de la familia Gorini; el pequeño Giulio se convertirá en el papa Clemente VII, en 1523.

Comentario de los sonetos

Entre 1482 y 1484 se ubica la composición de *Comento ad alcuni sonetti d'amore* [Comentario a algunos sonetos de amor], obra en la que Lorenzo ha dado la mayor medida de su ingenio de artista. No intenta aquí la construcción de un cancionero y mucho menos una reconstrucción en estilo narrativo –ya estaba el modelo de la *Vita Nova* de Dante– de un ideal, y al mismo tiempo la verdadera historia de amor. Lorenzo preanuncia su libre disposición de los sonetos, prevé la objeción de una falta de organización, insiste sobre lo ocasional de su inspiración. Si el *Comento* se emparenta con la *Vita Nova* como fórmula de exégesis, evita, sin embargo, la estructura, y más bien se apoya en el pensamiento largo, de impronta filosófica, que Dante había ejemplificado en el *Convivio*. El *Comento* está completamente entretejido con motivos de Ficino, y Aristóteles y Platón reviven continuamente bajo la prosa laurenciana, de la cual se ha dicho felizmente que "a la visión arquitectónica del período sucede –sin gastarla, pero trasladando la armonía a otro plano– su entonación eurrítmica, el amor y el estudio de una equivalencia sentimental." Pero si, por lo tanto, esta obra nació bajo el influjo de la filosofía neoplatónica, si se niega a narrar, si se refugia en la "disertación", es también una obra que aleja por sí misma el peligro de la abstracción, porque su autor, incapaz tal vez de darle proporción y de dotarla de convincentes conexiones, sabe, en cambio, introducirle hábilmente, variedad de motivos y de temas, producto de la propia experiencia. Es un equilibrio difícil, muy laurenciano, alternar pensamientos filosóficos, a veces embarazosos, con reflexiones concretas, con imágenes vivas y conmovidas. Baste pensar en la defensa del lenguaje vulgar florentino con la cual Lorenzo abre el *Comento*: una de las páginas más agudas de la historia de la lengua italiana, una fácil y llana defensa y elogio de la ductilidad ("gran destreza") de la lengua de Dante, una de las más felices definiciones, por lo simple y concisa, del arte del *Decameron*. Y aún debemos destacar la concisión de las visiones, o mejor, de las ocasiones, de la que se extraen no sólo imágenes precisas de la vida de Lorenzo, sino también de la vida de su ciudad. Léanse los pasajes del coloquio nocturno con el amigo, del paseo por los amenísimos prados, del lamento sobre la prisa y lo tempestuoso de las ocupaciones civiles, de su apartarse de las pandillas festivas, y la descripción "técnica" del caballo, la consideración sobre la noche que, desde un tema de antigua tradición, acaba en una introspección de su propio ánimo melancólico (aunque privado de novedades estilísticas) del soneto *Busque quien lo desee las pompas y demás honores.*

Una política de equilibrio

El 7 de agosto se firmó la paz de Bagnolo, con la que concluye la guerra de Ferrara, en la cual el duque de Calabria y Ludovico el Moro habían corrido para defender a los Estensi, combatidos por los venecianos. A Lorenzo esta paz no le daba tranquilidad porque Sixto IV había logrado conquistar Cittá di Castelo y los venecianos se habían fortalecido. Con todo consiguió aliarse con el nuevo gobierno popular surgido en Siena. El 12 de agosto murió el Papa y le sucedió Inocencio VIII, quien demostró continuar su política, pues estaba dominado por Giuliano della Rovere. Y sin embargo, el Magnífico aprovechó el cambio para intentar la conquista de Lunigiana. La toma de Pietrasanta sirvió para proveer un nuevo baluarte a las fronteras del Estado florentino. De este modo, Lorenzo también seguía las huellas de los demás príncipes italianos, desde los más grandes hasta los más pequeños, que se aprovechaban de cualquier guerra, de cualquier distracción de los estados limítrofes, de cualquiera de sus desgra-

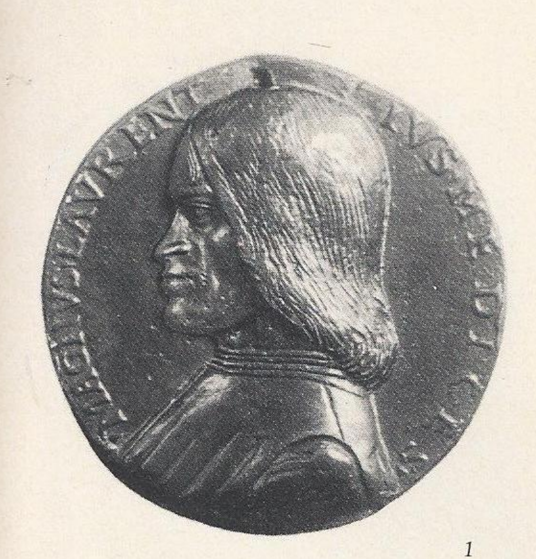

TAnto crudele fu la prima ferita
Si fero & si vehemete il primo strale
Senon che speme il cor nutrisce & ale
Saremi morte gia dolce paruta
& la tenera eta etagia no rifiuta
Seguire amore a chi pur ognor ne cale
Volentier segue il suo giocodo male
Poi che ha tal sorte per suo fato hauuta
MA tu Amore poi che sotto tuo insegna
Mi uuoi si presto in tal modo fatai
Che col mio male ad altri io no insegna
MIsericordia del tuo seruo harai
En in quella altera Dona fa che regna
Tal foco onde conosca li altrui guai

cias, para agrandar su Estado, para tratar de mordisquear un castillo, un pueblo, una comarca. En efecto, no se puede decir que la política de Lorenzo haya sido inmune a este aspecto mortífero de la historia italiana de fines del siglo XV, pero no fue un defecto suyo, sino más bien la necesidad de los tiempos, que llevaba a una deteriorante discordia a las dispersas fuerzas de la península.

También durante la guerra de los Barones, es decir, la guerra que en 1485 estalló en el reino de Nápoles entre Fernando de Aragón y sus vasallos rebelados, Lorenzo trató de prolongar los límites del Estado florentino con perjuicio de los vecinos. Pero hay que ver que en él esta preocupación se elevaba sobre todo como voluntad de asegurar la paz a su patria, no de agregarle territorios. Para Lorenzo era importante que Florencia tuviese libre acceso al mar, a través del Arno y del puerto de Pisa y de Livorno, para poder comerciar con mayor agilidad; era necesario que tratase de aligerar el cerco que el estado pontificio quería ajustarle alrededor, asediando a la ciudad por el sur, por el este y por el noreste. En los años en los que intentó conquistar Lunigiana y donde intentó controlar a la inquieta y ensangrentada Romagna, cuando Girolamo Riario era asesinado en Forlì por el triunfo de una conjuración similar a la florentina de los Pazzi, y cuando Galeotto Manfredi moría por obra de su mujer Francisca Bentivoglio, Lorenzo utilizó toda su experiencia e inteligencia, en la búsqueda de un acuerdo vasto y duradero entre los grandes príncipes italianos. Inocencio VIII había descendido en ayuda de los barones napolitanos, había estrechado alianza con Génova —que se había rebelado contra los Sforza— y había llamado a Italia al duque de Lorena. En 1486 el duque de Calabria vencía a las tropas pontificias en Montorio (7 de mayo). El 11 de agosto, en Roma, el Papa se resignaba a la paz. Esto no proporcionó grandes ventajas a Florencia, que se aprestaba en ese momento, justamente, a definir sus fronteras del oeste, obstaculizadas por Génova. Pero Lorenzo, seguro de su propio gobierno en la ciudad y de la gratitud de Fernando de Nápoles, pudo considerarse derrotado en el plano de las reivindicaciones particulares, y vencedor por el prestigio adquirido, por su reconocida capacidad de mediar sin debilidades, por el universal equilibrio de fuerzas que él trató de obtener. Por su parte, también Inocencio VIII se había convencido de que era una ventaja para la Iglesia tener buenas relaciones con la república florentina, y quiso consolidar la nueva amistad, con un matrimonio que uniese a los Cibo y a los Médici, y Piero se casó con Alfonsina Orsini. Ese mismo año, Inocencio VIII pidió consejo a Lorenzo con respecto a una propuesta de Fernando para establecer una alianza entre los dos estados, que pusiese término a sus discordias. Lorenzo se decidió por aconsejar que no lo hiciera. Más bien, le

1. *Lorenzo el Magnífico. Retrato de una medalla de Nicolás Fiorentino, del siglo XV. Florencia, Museo Nacional.*

2. *Reverso de la misma medalla.*



1



2

escribió, convendría hacer una alianza general, "una liga general de toda Italia, que daría, a mi entender, tres frutos: Uno, que se justificaría de ese modo que se puede hacer este acuerdo con el rey, porque si Nuestro Señor nos da su estima, parecería que lo hiciese para unir Italia y pacificarla en todo, y que estimase más el bien universal que alguno de sus cargos". El segundo fruto, una mayor seguridad de que el rey de Nápoles fuese fiel a los pactos; el tercero, un refuerzo de la amistad con los otros estados y, especialmente, con Venecia, que justo en esos años se preparaba para llevar la guerra a Nápoles. Sólo en enero de 1492 Lorenzo pudo ver realizada en parte su propuesta, cuando Inocencio VIII hizo públicas las condiciones de paz con Fernando de Aragón.
Pero Lorenzo está cada vez más enfermo: la uremia lo obliga a hacer largas curas, el estómago lo atormenta, va de crisis en crisis; para colmo, en julio de 1488 había muerto su buena Clarice. Sus únicos consuelos son los estudios, el quehacer poético y la protección a las artes. En 1489, fue uno de los primeros en reconocer el extraordinario ingenio de Miguel Ángel: le hizo dar una buena habitación en el palacio Médici, "y por otra parte no tratándolo sino como a un hijo, le ofreció su mansión".

Poesías y muerte

Enfermo, cansado, fatigado, preocupado, buscó refugio en aquella actividad que nunca había podido cultivar plenamente. Escribió *Ambra*, pequeño poema en octavas, de impronta clasicista, dividido en dos partes muy distintas; en la primera describió el mal tiempo y una inundación, en la segunda narró la fábula de la ninfa Ambra, enamorada del pastor Lauro que asediada por Ombrone, dios del río homónimo, pide ayuda a Diana y la diosa se transforma en roca. Aquella roca sobre la cual, luego de 1485, Giuliano de Sangallo construyó la villa de Poggio en Caiano, sobre el camino entre Florencia y Pistoia. También escribió las *Selvas*, que muchos señalan como su obra más hermosa, pero que sólo es la más cercana, la más ligada a un ejercicio intelectual refinado con los años.
Ahora tiene apuro, siente que la muerte está cerca, y quiere dejar a la ciudad una gran biblioteca que ofrezca al público de eruditos los tesoros de la cultura antigua y de la nueva civilización. Agnolo Poliziano y Giovanni Pico della Mirándola lo asisten en esta generosa fundación de la biblioteca, que luego se llamará *Laurenziana*. En 1493 los manda viajar por Italia para recoger códices originales y copias de aquellos que no se puedan conseguir. Son ellos los amigos más queridos que tiene; se siente solo, pero todavía tiene fuerzas para escribir cantos divertidos, entre los que se destaca, como el más hermoso, el *Triunfo de Baco y Ariadna*, tan acabado, tan salpicado de melancolía en su invitación a gozar de la juventud que huye. Entre estas últimas obras literarias, también hay una *Representación de San Juan y Pablo* en el cual, en versos desagradables, Constantino, viejo y cansado, al entregar el cetro a sus hijos, expresa este concepto:

Con gran afán he regido este imperio,
sucediendo cada día alguna cosa nueva:
guardo la victoriosa espada
para no probar más fortuna,
que nunca queda demasiado quieta en un concepto;
quien busca mucho, muchas cosas encuentra:
vosotros probaréis cuánto afán y duelo
da el reino, del que tenéis tanto deseo.

La noche entre el 8 y el 9 de abril de 1492 muere; a su lado están los hijos, Poliziano y Giovanni Pico; también Girolano Savonarola, que luego será acérrimo opositor de su débil hijo Piero, lo conforta con su severa fe.
El 18 de mayo, recordando la muerte de Lorenzo, Poliziano escribía a Jacobo el Antiquario, en una epístola latina, estas palabras: "Hombre nacido para grandes cosas, en los variados cambios de la fortuna, fue tan sereno en los hechos más adversos como en los favorables, tanto, que no se podría decir si se mostró más calmo y medido en la felicidad que en la desgracia. Fue tan ingenioso, tan versátil y agudo, que allí donde los demás tienen en gran honor sobresalir en una sola cosa, él en todas por igual se distinguía".

Bibliografía

Los escritos de Lorenzo de Médici se leen actualmente en su forma más completa en las *Obras* impresas en dos volúmenes en "Escritores de Italia", Laterza, Bari, 1913 y (2ª edición) 1939, a cargo de Atilio Simioni. Véanse también los *Escritos selectos* con introducción y notas de Egidio Bellorini, Utet, Turín, 1922 y *Escritos selectos* a cargo de Emilio Bigi, Utet, Turín, 1955.
La bibliografía sobre el Magnífico es muy vasta, pero para una rápida orientación es útil consultar G. Pieracini, *La stirpe de' Medici di Cafaggiolo*, Vallecchi, Florencia, 1924, 4 Vol.; André Rochon, *La jeunesse de Laurent De Medici* (1449-1478). Les belles lettres, París, 1963. R. Palmarocchi, *La politica italiana di Lorenzo de' Medici*, Olschki, Florencia, 1933; R. Palmarocchi, *Lorenzo de' Medici*, Utet, Turín, 1941; E. Bizzarri, *Il Magnifico Lorenzo*, Mondadori, Milán, 1950; W. Welliver, *L'Impero fiorentino*, La Nuova Italia, Florencia, 1957; G. Carducci, *Delle poesie di Lorenzo de' Medici*, en "Opere di G. Carducci", Zanichelli, Bolonia, 1939, vol. VI, pgs. 105-160; E. Cecchi, *Lorenzo il Magnifico*, en "Belfagor", t. IV (1949), pgs. 638-649; E. Bigi, *Lorenzo lirico*, en "La Rassegna delle letteratura italiana", 1953, pgs. 241-260. A. Chiari, *Indagini e letture*, Le Monnier, *Florencia*, 1961, pgs. 139-208.
En español: Compagni Dino, *Crónica de los blancos y los negros*, Bs. As., 1948; Brion, Marcel, *Lorenzo, el Magnífico*, Madrid, 1958.



Esta biblioteca se propone brindar al lector ávido de conocer y comprender el arte una colección de obras sobre los movimientos más importantes de la historia del arte, a partir de las vivencias y del testimonio directo de los protagonistas del proceso.

El panorama incluirá la visión del hombre de hoy: artículos complementarios, críticas, cronologías, etc...

Se ha dado especial relieve a las reproducciones en color y en blanco y negro, que constituirán una verdadera historia gráfica del arte. ¡En cada obra el lector encontrará más de 130 reproducciones en color y más de 160 ilustraciones en blanco y negro!

Cada obra, que abarcará de 10 a 15 fascículos, será independiente dentro de la colección. Al cabo de la publicación de cada una, el lector podrá canjear los fascículos por un magnífico volumen encuadernado, por el que habrá pagado un precio mucho más bajo que los establecidos por el mercado.

Primeros títulos de la BIBLIOTECA FUNDAMENTAL DE ARTE:

1. **VIDA DE VAN GOGH - Cartas a su hermano Theo. (15 fascículos)**
2. **VIDA DE GAUGUIN - Noa-Noa - Cartas (12 fascículos)**



Precio de LOS HOMBRES

ARGENTINA:
Nº 122 al Nº 112 $ 1,50 m$n 150.-
Nº 111 al Nº 1 $ 2,50 m$n 250.-

COLOMBIA: $ 7.-
MEXICO: $ 5
PERU: S/. 18

URUGUAY: $ 90
VENEZUELA: Bs. 2.50